

DISCURSO

DEL

EXCMO. É ILMO. SR. D. FR. ZEFERINO GONZALEZ (1).

(2) No se me oculta, señores, que al abrir las puertas de esta ilustre Academia á un hombre que nada vale ni significa en el terreno del saber, habeis querido, pasando por alto su personalidad, honrar en él al ministro de Jesucristo, dando una vez más público testimonio de vuestro acendrado amor y respeto á la santa Religión católica, que ha venido formando y vivificando nuestra grande y gloriosa nacionalidad, á esa Religión tres veces santa, á cuya sombra y en cuyo nom-

(1) Debemos honrar la colección de la REVISTA DE MADRID insertando el grandioso discurso que leyó el Sr. Arzobispo de Sevilla, ante la Real Academia de *Ciencias Morales y Políticas*, el día 3 de Junio del corriente año. Aunque las notas del discurso son luminosas y profundas, como del P. Zeferino, nos permitimos suprimirlas, porque sólo así puede darse íntegro dicho discurso en el presente número. En el próximo leerán nuestros lectores la discreta contestación del Excmo. Sr. D. Fernando Alvarez, quien llevó la voz de la Academia en el acto solemne de abrir ésta sus puertas al docto Prelado.

(2) Creemos oportuno advertir á oyentes y lectores que este discurso fué escrito y presentado á la Academia en 1874, no habiéndose verificado entonces su lectura á causa de los sucesos de la restauración monárquica que suspendieron los trabajos del académico encargado de la contestación, y á causa tambien de las atenciones episcopales del autor fuera de Madrid. Éste no se ocupó más en el discurso, en la persuasión de que nunca tendria ya lugar la recepción pública. Por esta razón notará el lector algunas alusiones á sucesos de aquella época, así como la falta de los nombres de algunos filósofos y libros correspondientes al movimiento intelectual verificado durante estos últimos años.

bre el pueblo español llevó á cabo empresas y hazañas fabulosas, que transformaron su historia en magnífica epopeya.

Empero si esta consideración me alienta y conforta en la hora presente, abáteme al propio tiempo la idea de mis escasos merecimientos para ocupar un puesto al lado de las eminencias filosóficas, científicas y literarias de esta noble y en otro tiempo poderosa España, que, fatigada y esterilizada hoy por convulsiones políticas, aguarda con ánsia tiempos más bonancibles para reanudar la rota cadena de su pasado glorioso, y para demostrar de nuevo al mundo que el génio filosófico y literario todavía cierne sus alas sobre la pátria de Séneca y de Marcial, de San Isidoro, de Lulio y de Vives, de Melchor Cano y de Suarez, de Cervantes y de Calderón de la Barca.

Y aquí, señores, en presencia de esta reflexión, y ante semejantes ideas y recuerdos, permitidme que dirija en derredor una mirada, y al observar la postración de este mismo pueblo, en otro tiempo feliz y poderoso; al distinguir en su frente el signo del dolor y del abatimiento, enlazando con la misión que ejerzo sobre la tierra el objeto que aquí nos tiene congregados, me pregunte y os pregunte: ¿cuál es la causa de tan lamentable decadencia? ¿Será, por ventura, que este pueblo que marchó en otro tiempo á la cabeza de las naciones, ha dejado caer de sus manos el cetro sagrado de la Cruz de Cristo, que hiciera invencible su brazo en Covadonga y las Navas, en Otumba y Lepanto? ¿Será que las producciones de sus filósofos y literatos ya no se hallan informadas por la idea cristiana, que derramó fecundidad inagotable sobre la inteligencia y el corazón de nuestros grandes escritores?

Pero coloquemos el problema en terreno más elevado y más en armonía con el objeto de esta Academia. Indaguemos la razón por qué, no ya la España, sino la Europa toda, en medio y á pesar de su brillante civilización, presenta á los ojos del observador ménos reflexivo síntomas innegables de corrupción y de muerte, y se agita, como el moribundo en su lecho, lanzando angustiosa mirada hácia lo porvenir.

Europa atraviesa una crisis profunda y universal: lleva en

su seno elementos heterogéneos y opuestos, que determinan en sus entrañas un gran movimiento de fermentación, movimiento que se revela al exterior por amenazantes síntomas y terribles convulsiones. Al lado del principio cristiano y de los elementos evangélicos que le dan fuerza y vida, descúbranse en ella instituciones ateas, ideas materialistas, rebelión satánica de la ciencia y de los hombres contra Dios, al cual se pretende arrojar del mundo y de la sociedad; en una palabra: el principio pagano en todas sus formas, luchando y reaccionando contra el principio cristiano.

Sin desconocer la dificultad de comunicar interés á un tema, que lo es de frecuente discusión, dificultad realzada por su misma importancia y amplitud, tampoco debe olvidarse que se trata aquí de un problema de tal naturaleza, que se presta á indagaciones y soluciones de índole muy diversa: porque, en medio y á pesar de su unidad esencial, es problema muy complejo en sus causas, en sus formas y en sus manifestaciones.

Por otra parte, ¿cómo apartar hoy la vista de ese problema verdaderamente trascendental, en cuyo fondo todo hombre que piensa esfuerzase en vislumbrar el porvenir social y religioso del mundo, y descubre á la vez el origen verdadero y la razón suficiente de esa conjuración gigantesca del hombre contra Dios, que en Italia, Suiza y Alemania, arma el brazo de los poderosos de la tierra contra la Iglesia de Cristo y los ungidos del Señor; que en Francia y en España ha hecho correr ríos de sangre y de fuego, que mantiene en la atmósfera que respiramos corrientes, ideas y siniestros presagios que cual losas de plomo pesan sobre las naciones todas y sobre los hombres de buena voluntad?

Por lo demás, al plantear el problema en estos términos, creo haber indicado á la vez su solución; porque, en mi humilde juicio, la causa principal originaria, ya que no única, del malestar que esteriliza y detiene la marcha de la sociedad por los caminos del bien, es esa gran negación oculta y encarnada en el principio racionalista, es la negación de Dios, principio generador del mal en todas sus formas, bien así como la afir-

mación de Dios es el principio generador del bien; es esa especie de universal ateocracia que despues de arrancar á la sociedad de su natural base y centro, paraliza sus movimientos, agota y consume sus fuerzas vivas. Trabajada por corrientes ateas en sus ciencias, en sus artes, en sus leyes, en sus instituciones y costumbres, esta sociedad no evitará, no puede evitar, los serios peligros que la amenazan, si no abre de nuevo su inteligencia y su corazón á las corrientes vivificantes del teísmo cristiano; si no busca su centro de gravedad y su ley de vida en la grande idea cristiana de Dios, revelada á la humanidad por el Verbo mismo del Padre, desarrollada y conservada en el mundo por la Iglesia católica.

Con el favor del que es apellidado en la Escritura *Padre de las luces*, y Dios de las ciencias— *Deus scientiarum Dominus est*,— y guiado por aquella *Luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, voy á entrar en la demostración de la tesis indicada. Pero antes de hacerlo, séame permitido dedicar honroso, cuanto justo y merecido recuerdo, al hombre distinguido cuya plaza vengo á ocupar en esta ilustre Corporación literaria.

Conocidas son de todos las virtudes cívicas y morales del Sr. Monlau; y conocidas son también las numerosas obras que atestiguan su incansable laboriosidad (1), y que prueban á la vez que poseía talento flexible, erudición y ciencia nada vulgares. Atento siempre en las diferentes situaciones y circunstancias de la vida á procurar el mejoramiento y bienestar de sus semejantes, con razón puede decirse de él que pasó haciendo bien entre los hombres.

Pagado este tributo á la buena memoria del ilustre Académico, que me precedió en el campo de la vida y de la muerte, ensayaré ahora cumplir la palabra empeñada con respecto á la demostración de mi tesis.

Observando con sintética mirada el vasto campo histórico

(1) Escribió entre otras menos notables, las siguientes obras: *Psicología*.—*Diccionario etimológico*.—*Higiene del matrimonio*.—*Higiene pública*.—*Higiene privada*.—*Elementos de literatura*.

de la filosofía, no es difícil distinguir y señalar dos grandes corrientes que resumen su larga y compleja marcha á través de los siglos. Hay una corriente que apellidaré esencialmente *racionalista*, y hay otra corriente que apellidaré esencialmente *cristiana*.

En fuerza de la ley irresistible de la lógica, la primera es arrastrada fatalmente á la negación de Dios; porque el racionalismo que diviniza al hombre, proclamando la autonomía absoluta de la razón humana y de su independencia de la razón divina, lleva en su seno la tesis ateista. El carácter distintivo de la segunda es la afirmación de Dios; la afirmación de un Dios vivo, personal, omnipotente, creador libre é inteligente del mundo de la naturaleza y del mundo del espíritu, ó, como dice el símbolo católico, *Hacedor de cielo y tierra, de todas las cosas visibles é invisibles*. Si me preguntais los nombres de los principales representantes de la corriente racionalista, os diré: buscad en la historia de la filosofía á los representantes del idealismo, del materialismo, del panteísmo y del sensualismo, que esos son también los representantes legítimos de esa filosofía racionalista, que gravita con todo su peso hácia la negación de Dios.

Porque la verdad es que si para el materialista no hay más Dios que la materia con su fuerza, para el idealista Dios se convierte un nombre vano sin realidad objetiva; y si el panteísmo destruye á Dios, convirtiendo la Divinidad en una sustancia cósmica y pretendiendo esenciarla fuera de sí en un mundo finito y contingente, el sensualismo no necesita más que dar un paso para llegar al ateísmo. Cuando se ha dicho, en efecto, que el alma del hombre es una colección de sensaciones, no hay derecho para negar que Dios es la colección ó generalización de los fenómenos de la naturaleza; para el sensualismo, el alma y Dios son dos abstracciones.

¿Quereis saber ahora quiénes son los representantes de la corriente filosófico-cristiana? Pues recordad los nombres de Clemente de Alejandría y Tertuliano, de Orígenes y San Agustín, de San Anselmo y Santo Tomás, de Alberto Magno y San Buenaventura, de Lulio Vives, Suárez, Leibnitz, Bos-

snet, Balmes y Rosmini; y desde un punto de vista parcial pertenecen también á esta grande escuela Campanella y Bacon, Mallebranche y Pascal, Newton y Galileo, Maine de Biran y Gioberti y hasta los dos grandes filósofos de la antigüedad pagana; porque la ciencia de estos dos grandes genios reconoce y profesa la inferioridad y subordinación de la razón humana respecto de la razón divina, á la vez que la necesidad de que la filosofía marche en armonía con la tradición religiosa, lo cual constituye como el carácter distintivo de la filosofía cristiana. Si el gran apologista africano pudo decir con profunda verdad que el alma es naturalmente cristiana, — *testimonium animae naturaliter christianae*, — bien puede decirse también que cuando la razón humana no se halla inficionada por el espíritu de la soberbia y de la rebelión contra Dios, gravita espontáneamente y se aproxima á la verdad cristiana, como se aproximó la razón de Platón y de Aristóteles, aun antes de que se dejara ver sobre la tierra aquél Logos eterno, presentido y esperado por el gran discípulo de Sócrates, y á pesar también del vacío inmenso producido en la filosofía antigua por la ausencia de la idea luminosa de creación, sin la cual no es posible resolver con acierto el problema cosmológico.

He dicho que la corriente filosófico-racionalista lleva en su seno la tesis ateísta, como último y espontáneo término de su evolución, á través de sus formas ó manifestaciones principales; y esta indicación se halla en perfecta consonancia con la ley lógica. El término de una evolución, y de una evolución filosófico-científica, debe estar, no puede menos de estar, en relación y armonía con el punto de partida y con el *criterium* general de esa misma evolución. Ahora bien: ¿cuál es el punto de partida, cuál es el *criterium* general de la filosofía racionalista? No otro, ciertamente, sino la autonomía absoluta de la razón humana, su independencia de la razón divina, y el consiguiente movimiento de separación primero, y de hostilidad despues, con respecto á la tradición religiosa, como órgano de la razón y de la voluntad de Dios.

Tarde ó temprano, la razón que se proclama autonómica

arroja lejos de sí á la razón divina, incompatible con esa independencia absoluta; y el Dios verdadero llega á ser invisible para el filósofo que desconoce la inferioridad y la impotencia relativa del humano entendimiento. Si la inteligencia humana lo puede todo, no hay razón para negarle la infinidad del ser: la independencia absoluta en el órden inteligible es inseparable de la necesidad esencial del ser; envuelve lo que la teología cristiana apellida *aseidad*, atributo fundamental y característico de Dios.

Por otra parte, la verdad y exactitud de esta filiación lógica entre la filosofía racionalista y la negación de Dios, encuentra en la historia de la filosofía moderna una brillante contraprueba en su favor; porque la historia de la filosofía, de tres siglos á esta parte, es la historia del principio racionalista, que, á través de formas y evoluciones varias, viene finalmente á concentrarse y revelarse en la tesis ateísta. Echemos si no una rápida ojeada sobre ese período filosófico.

Hay en la historia de la moderna filosofía un nombre que, al lado de algunos servicios á esta ciencia prestados, representa funestísima influencia para la misma, y consiguientemente para la Religión y la sociedad. «Gracias á Descartes, exclamaba no há muchos años el racionalismo (1), somos todos protestantes en filosofía, de la misma manera que, gracias á Lutero, somos todos filósofos en religión.» Esta palabra, demasiado exacta por desgracia, os revela el nombre del filósofo á que aludo, y os revela también el origen y la razón suficiente de esa funestísima influencia por él ejercida en el terreno de la ciencia filosófica. ¿Será necesario recordar que la libertad absoluta del pensamiento en filosofía, libertad que constituye la base esencial del racionalismo, constituye también el carácter distintivo del cartesianismo? Si á esto se añade la duda universal y el espíritu de innovación y hasta de hostilidad que contra la tradición filosófico-cristiana fermenta, y estalla, y se manifiesta en la filosofía

(1) Los redactores de *El Globo*, publicación eminentemente racionalista.

cartesiana, se reconocerá fácilmente que ésta entrañaba las bases todas y los caracteres fundamentales de la escuela racionalista. Que si esto no bastara para reconocer la estrecha afinidad que existe entre la filosofía cartesiana y la racionalista, bastaría ciertamente ese concierto unánime de alabanzas, que el racionalismo entona ante el pedestal de Descartes por boca de críticos, de filósofos y de historiadores, los cuales, todos á porfía, reconocen que el mérito principal y casi único de la filosofía cartesiana consiste en su fondo y en sus tendencias racionalistas. Y la verdad es que no se engañaba el génio precursor de Bossuet cuando decía: «Veo prepararse un gran combate contra la Iglesia bajo el nombre de filosofía cartesiana.»

El tiempo y la lógica, inflexible en sus leyes, se encargaron de desarrollar el principio racionalista entrañado en la filosofía cartesiana, de formular sus consecuencias y de establecer sus aplicaciones.

Rota la cadena de la tradición filosófico-cristiana, proclamado el principio de la duda universal, de la libertad del pensamiento, y la independencia de la razón humana, la filosofía, que hasta entonces había marchado al lado de la teología y de la Religión, como ciencia realmente distinta de éstas, pero en armonía con las mismas y recibiendo sus inspiraciones, comenzó á separarse de la ciencia cristiana, movimiento de separación que degeneró bien pronto en oposición declarada y hostilidad abierta contra la Iglesia y la verdad revelada. Evocados y atraídos por el principio racionalista que palpita en el fondo del cartesianismo, reaparecieron en la escena todos los grandes errores de la filosofía pagana, acumulados á otros nuevos, que hicieron desaparecer la fundamental unidad científica que la filosofía cristiana había iniciado. A la sombra y bajo la salvaguardia de la filosofía cartesiana, Spinoza inaugura esa larga série de sistemas panteístas que vienen deshonorando á la filosofía moderna, por más que revelen asombroso genio en algunos de sus autores. Mallebranche niega la causalidad del mundo externo, hace vacilar la libertad humana, renueva y exagera el ontologismo de Platón, y se entrega á peligrosos ensueños sobre la visión de los

objetos en Dios. Berkeley proclama el idealismo, Hume marcha en pos del escepticismo y Hobbes, en unión con Locke, echa los cimientos del materialismo, y hasta del ateísmo. Condillac desenvuelve el sensismo, al paso que los enciclopedistas, sus contemporáneos y compatriotas, bien así como los sucesores de Locke en Inglaterra, niegan la inmortalidad del alma, la Religión cristiana, la revelación divina y hasta la existencia de Dios. La escuela escocesa, que intenta llevar á cabo una reacción contra la escuela materialista, sólo llega á un espiritualismo incompleto y vacilante, á una filosofía empírica, que suprime á Dios bajo pretexto de incomprensibilidad psicológica, sentando así las premisas del positivismo contemporáneo y de sus conclusiones ateas.

El sensismo, el panteísmo y el materialismo, representan la triple y más inmediata corriente de la filosofía cartesiana hacia el ateísmo; pero esa filosofía encierra además otra tendencia esencialmente ateísta, porque encierra gérmenes tan fecundos como explícitos de escepticismo; y el escepticismo que niega en el hombre y para el hombre la existencia de la verdad finita, niega á *posteriori* la existencia de la verdad infinita; el escepticismo es el ateísmo sistemático, es la negación pasiva de Dios, sobre todo cuando se trata de un escepticismo que lleva consigo la ruina del orden moral, como sucede en el cartesiano.

Y, en efecto, basta fijar la atención en la extraña teoría del filósofo francés relativamente á la naturaleza y condiciones de las verdades eternas y de la esencia de las cosas, para persuadirse de que su filosofía abre anchurosa puerta al escepticismo. La ciencia filosófica, ó no significa nada, ó es el conocimiento de las verdades eternas, necesarias é inmutables. Lo temporal; lo contingente, lo mudable, puede fundar hipótesis, teorías y opiniones; nunca constituir la ciencia, en el alto sentido de esta palabra. Por otra parte, si la verdad del conocimiento humano consiste en la ecuación del entendimiento con la cosa por él conocida: *adaequatio intellectus cognoscentis cum re cognita*, según la palabra profundamente filosófica de Santo Tomás, es á todas luces evidente que la

necesidad y la inmutabilidad de la verdad científica exigen como condición *sine qua non* la necesidad y la inmutabilidad de la cosa conocida, toda vez que la realidad objetiva de la cosa conocida es la norma y regla, la razón suficiente y hasta la medida de la verdad de nuestros juicios.

Si á la luz de estas nociones elementales examinamos ahora la teoría de Descartes, veremos al fundador de la filosofía racionalista, que abrigaba la modesta pretensión de dotar al género humano de un cuerpo de filosofía acabado y completo,— *integrum philosophiae corpus humano generi darem*;— veremos al hombre que se comprometía á demostrar que la filosofía escolástica jamás había presentado solución alguna verdadera con respecto á los diferentes problemas filosóficos (1) veremos, en fin, al filósofo de la razón independiente y de la duda metódica afirmar una y otra vez que las verdades eternas, necesarias y esenciales, dependen solamente de la libre voluntad de Dios, ni más ni menos que la existencia física y temporal de las criaturas; que Dios es causa eficiente y total de la esencia de las criaturas, lo mismo que de su existencia, de manera que si cuatro y cuatro hacen ocho, y si las líneas tiradas desde el centro á la circunferencia de un círculo, son iguales, no es porque así lo exige la esencia del número ó del círculo, inmutable y eterna, como eternas é inmutables son las ideas arquetipas que les corresponden en la inteligencia divina; sino porque Dios quiso libremente que fuera así, como quiso libremente crear al mundo. Santo Tomás había enseñado que la Omnipotencia divina se extiende á todo lo que es posible con posibilidad absoluta ó interna, es decir, á todo aquello que puede concebirse bajo la razón de ser, pero que por grande que sea aquella Omnipotencia, no es capaz de producir lo que implica contradicción, porque esto no puede tener razón de posible ni de factible, y que por esta causa no puede producir tampoco una naturaleza ó esencia á la cual

(1) «Je dis hardiment que l'on n'a jamais donné la solution d'aucune question suivant les principes de la Philosophie peripateticienne, que je ne puisse demontrer être fause et non récevable.»

falte alguno de sus principios ó atributos esenciales; toda vez que el afirmar una esencia sin alguno de sus principios ó atributos esenciales sería lo mismo que afirmar simultáneamente el ser, y no ser de la cosa. De aquí se concluye, añade, que Dios no puede hacer, por ejemplo, que «las líneas tiradas desde el centro á la circunferencia no sean iguales, como ni tampoco que el triángulo rectilíneo no tenga tres ángulos iguales á dos rectos:» *Contraria horum principiorum Deus facere non potest, sicut quod lineae ductae a centro ad circumferentiam non sint aequales aut quod triangulus rectilinius non habeat tres angulos aequales duobus rectis.*

Acabamos de escuchar la palabra, tan sencilla en la forma como profunda y filosófica en el fondo, del representante más autorizado de la filosofía cristiana: escuchemos ahora la palabra del genuino representante de la filosofía racionalista.

«Me preguntais tambien, nos dice, qué es lo que ha obligado á Dios á crear estas verdades, y yo os digo que ha sido tan libre para hacer que no fuera verdadero que todas las líneas tiradas desde el centro á la circunferencia sean iguales, como para crear al mundo.» «Las verdades metafísicas, que llamais eternas, fueron establecidas por Dios, y dependen de Él; lo mismo que todo el resto de las criaturas.»

Finalmente, y para abreviar, he aquí un pasaje que resume su pensamiento sobre la materia: «En órden á la dificultad de concebir cómo ha sido libre é indiferente á Dios hacer que no fuese verdadero que los tres ángulos de un triángulo sean iguales á dos rectos, ó, generalmente, que las cosas contradictorias no puedan ser al mismo tiempo, se puede desvanecer fácilmente, considerando que el poder de Dios no puede tener límite alguno »

Es verdad: el poder de Dios no tiene, ni debe tener límites; pero sí los tiene la posibilidad de las cosas, porque cuando se llega á la contradicción; cuando se llega al ser y no ser simultáneo, desaparece la posibilidad, y por consiguiente la *factibilidad* de la cosa, si se me permite la palabra. Por eso dice con gráfica expresión Santo Tomás, que cuando se trata de los imposibles absolutos, es más propio decir que ellos no pue-

den ser hechos, que decir que Dios no puede hacerlos: *Convenientius dicitur quod ea non possunt fieri, quam quod Deus non possit facere*, añadiendo que si lo que envuelve contradicción no está sujeto á la Omnipotencia, no es por defecto de poder en Dios, sino porque no puede tener razón de factible ni de posible: *Non propter defectum divinae potentiae, sed quia non potest habere rationem factibilis neque possibilis.*

Descartes no acierta á salvar la Omnipotencia divina sino destruyendo su verdadera idea á fuerza de llevarla hasta el absurdo: no acierta á concebir la Omnipotencia en Dios, sino á condición de aniquilar el principio de contradicción y con él la misma razón humana y la base esencial de toda ciencia y de todo orden moral. Santo Tomás, por el contrario, sabe conciliar la verdadera idea de la Omnipotencia divina con la idea de la imposibilidad absoluta, no menos que con la ley esencial de la razón humana, sin que la una perjudique ni aniquile á la otra. En su fórmula y su pensamiento, si Dios no puede hacer cosas contradictorias, esto no arguye imperfección alguna ni limitación de poder, toda vez que éste, por grande que se le quiera suponer, sólo puede extenderse al posible absoluto, es decir, al ser, pues el no ser no necesita de potencia alguna que lo produzca; y la contradicción es el no ser.

¿Será necesario insistir ahora sobre las consecuencias tan absurdas como desastrosas á que conduce lógicamente la teoría cartesiana? Porque ello es incontestable que con semejante teoría desaparece, no ya la existencia real, sino hasta la posibilidad misma de la ciencia; puesto que desaparece el valor científico del principio de contradicción, ley primitiva de la razón humana, base primordial é inmutable de la ciencia. En hipótesis semejantes podremos, á lo más, estar ciertos de los fenómenos que se verifican en nuestra conciencia, si es que el testimonio del sentido íntimo es compatible con la duda acerca del principio de contradicción; pero toda certeza propiamente científica, toda certeza relativa á las verdades universales y necesarias, que constituyen el patrimonio peculiar de la ciencia, vacila, se desploma, desaparece y queda sepultada bajo las ruínas del principio de contradicción.

Pero no es sólo el universal escepticismo el que con redoblados golpes llama á las puertas de la teoría cartesiana; es tambien la ruína del orden moral; porque el orden moral no significa nada si no descansa en bases inmutables, si no envuelve la distinción esencial y primitiva entre el bien y el mal. Y la inmutabilidad absoluta de esas bases y la distinción esencial y primitiva entre el bien y el mal, son incompatibles con la teoría cartesiana que nos ocupa, son inconciliables con una teoría que hace depender de la libre voluntad de Dios las verdades necesarias, la esencia de las cosas, el principio mismo de contradicción.

No: la voluntad de Dios no puede hacer que la justicia sea mala, ni que la mentira sea moralmente buena; como no puede hacer tampoco que haya efecto sin causa, ó que el triángulo no tenga tres lados iguales á dos rectos. Las verdades morales son tan absolutas como las verdades metafísicas y matemáticas; y cuando Descartes reproduce una doctrina condenada ya de antemano por Santo Tomás, puede decirse con Bayle: «Siendo como es incontestable que todo aquello que depende del libro albedrio de Dios puede ser limitado á ciertos tiempos y lugares, como las ceremonias judáicas, podrá extenderse tambien esto á las leyes del Decálogo si las acciones que éste prescribe se encuentran privadas de toda bondad por parte de su esencia, lo mismo que las acciones malas que el mismo Decálogo prohíbe.»

Inútil será, despues de esto, advertir que la moral del Cristianismo es incompatible con la moral que se desprende de esta teoría cartesiana. Ciertamente que la moral entrañada en esta teoría tiende mano amiga á los sistemas que buscan el origen de la moralidad en convenciones humanas y leyes positivas.

Y es cierto también, para generalizar y resumir, que la filosofía de Descartes se ve arrastrada hácia el ateísmo á causa de las corrientes escépticas, sensistas y panteistas que la atraviesan en todas direcciones, sin contar que la teodicea cartesiana contiene puntos de vista muy débiles, que facilitan los ataques y favorecen las conclusiones de la escuela atea.

Pero ya es tiempo, señores, de abandonar el terreno cartesiano para entrar en el del criticismo kantiano, á fin de proseguir la demostración de nuestra tésis. Antes de verificarlo, consignemos una vez más que los gérmenes encerrados en la filosofía cartesiana, bien así como el principio racionalista que la informa, debían arrastrar, y arrastraron en efecto á esa filosofía, á la filosofía de la enciclopedia. Odio satánico contra el Cristianismo y proclamación pública del ateísmo: hé aquí la última evolución del cartesianismo, la condensación de sus erróneas doctrinas, la síntesis de sus tendencias y el resultado lógico del virus racionalista que llevaba en su seno. Que no sin razón glorificó el nombre de Descartes la revolución francesa, y el racionalismo reivindica para sí su herencia y su sangre, y Michelet afirma que Descartes creó la filosofía libre de la época moderna (1). Así es, en efecto; y por eso la última palabra de esa filosofía es la negación de Dios, porque esta negación es la última palabra de toda filosofía racionalista, que hace consistir la libertad en desconocer la superioridad de la razón divina, y en cerrar los oídos á su palabra

— Cuando todos esos grandes errores, incubados por el cartesianismo racionalista, haciéndose convergentes, y reflejándose en las páginas de la Enciclopedia, levantaban al materialismo y al ateísmo un monumento digno de semejantes sistemas, resonó allá en el centro de la Germania la voz del autor de la *Crítica de la razón pura*, que venía á cerrar el ciclo cartesiano para dar comienzo, ó, mejor dicho, para comunicar científico organismo al ciclo crítico, iniciado de antemano por un filósofo escocés. Superior inmensamente á Descartes como hombre de genio filosófico, Kant marcha, sin embargo, como aquél, por las corrientes del psicologismo sensista y del racionalismo absoluto; y de aquí la esterilidad de su escuela para la verdad y el bien, su fecundidad para el mal y el error. Su obra es una obra de muerte. Al rudo golpear de su crítica implacable, desaparecen del mundo real y objetivo la materia y el espíritu, el hombre y Dios. La ciencia queda reducida á un

(1) *Examen crit. de la metaph. d' Arist.*

conjunto de intuiciones problemáticas, de categorías y leyes apriorísticas que ningún valor objetivo encierran. La psicología es un tejido de paralogismos y de representaciones empíricas, la cosmología y la teodicea encuéntranse sometidas fatalmente á una serie de antinomias insolubles. En una palabra: aparte de los fenómenos sensibles, en cuanto determinaciones subjetivas del espíritu, para el hombre de la ciencia no existe realidad alguna transcendental y metafísica; sólo existe una realidad confusa é indeterminada, mejor dicho, la posibilidad de un *Etwas* nouménico, *X* incógnita é incapaz de ser jamás conocida por el hombre.

Cierto que nuestro filósofo, asustado de su propia obra y sobrecogido de espanto al ver las ruinas en su derredor amontonadas, inventa—porque esta es la palabra—un Dios *sui generis*, con el designio de salvar la moral del universal naufragio. Pero la verdad es que, una vez proclamada la impotencia radical de la razón humana para demostrar la existencia de Dios, este Dios no es ni puede ser otra cosa más que una hipótesis gratuita, un simple postulado, una afirmación de congruencia. ¿Qué Dios es ese que la razón pura declara imposible, ó al ménos indemostrable, y que, sin embargo, aparece en la escena de repente para que el drama tenga oportuno desenlace? Nó; el crítico de las antinomias no llegará jamás á resolver por legítimo y lógico procedimiento la antinomia radical que existe entre su *Crítica de la razón pura* y su *Crítica de la razón práctica*.

Y esta imposibilidad aparece más de bulto, si se tiene presente que la libertad que en la teoría de Kant sirve á éste de premisa para establecer la existencia de Dios, no es la libertad como fenómeno de la esperiencia individual ó como hecho de conciencia, puesto que, segun la doctrina kantiana, el mundo fenomenal, tanto externo como interno, se halla regido por un determinismo absoluto. La libertad, pues, que sirve de base á la razón práctica para postular la existencia de Dios, es la libertad inteligible, superior al espacio y al tiempo, la libertad *posible*; es esa *cosa en sí*, invisible para la razón y para la ciencia; es la libertad que la razón práctica *pone*, ó mejor dicho,

supone en la realidad nouménica y desconocida que se oculta tras del mundo de los fenómenos. De aquí resulta, que el filósofo alemán se coloca á sí mismo en la imposibilidad de establecer sólidamente ni siquiera la existencia de la libertad que sirve de base al postulado de la existencia de Dios. Por una parte, al negar el valor objetivo de los fenómenos de la sensibilidad interna, y al someterlos al determinismo absoluto, segun lo hace en la *Crítica de la razón pura*, enerva y aniquila la prueba más convincente de la libertad humana, y hasta pudiera decirse la única que resiste á todos los sofismas, cual es el testimonio de la conciencia. Por otro lado, esa libertad, independiente del espacio y del tiempo, perteneciente al mundo inteligible, privilegio ó propiedad del ser nouménico, cuya naturaleza nos es desconocida, sólo puede descansar en una especie de creencia ó fé instintiva, toda vez que no es ni puede ser conocida por la razón ni demostrada por la ciencia.

Esto prueba una vez más, notémoslo de paso, la impotencia radical de la filosofía racionalista para evitar el error y la exageración. El filósofo del escepticismo crítico; el enemigo sistemático del dogmatismo metafísico; el hombre que se complace en arruinar una en pos de otra las verdades más fundamentales de la ciencia filosófica, no acierta á establecer la libertad moral y la existencia de Dios sino á la sombra de una especie de fideísmo.

Sin ser explícitamente panteísta, el criticismo de Kant lo era implícitamente, encerrando gérmenes y tendencias, no solamente panteístas, sino tambien materialistas, gérmenes y tendencias que no tardaron en desarrollarse y encarnarse en sistemas tan saturados de panteísmo y ateísmo como de racionalismo anticristiano. Porque ello es indudable que el *Etwas* nouménico y la *cosa en sí* de nuestro filósofo, se convierte fácilmente en la sustancia única del panteísmo, en el *Yo* creador de Fichte, en *el Absoluto* de Schelling, en la *Idea* de Hegel, en la *Voluntad* de Schopenhauer y en lo *Inconsciente* de Hartmann, transformación hácia la cual gravita tambien espontáneamente su teoría de lo sublime, teoría que diviniza al hombre concediéndole una razón infinita, bien así

como su opinión acerca de la posibilidad de una intuición inmediata, intuición transformada fácilmente por Schelling en intuición intelectual y en método filosófico.

Si he hablado de gérmenes y tendencias materialistas en la filosofía de Kant, es porque entiendo que entre esa filosofía y la materialista existen relaciones de afinidad, sobre las cuales no se ha fijado bastante la atención. Sin contar la parte de influencia indirecta y ocasional que corresponde al movimiento kantiano sobre el movimiento materialista de nuestros días, como reacción provocada por las exageraciones del idealismo germánico, que arranca de la filosofía de Kant, ésta abre fácil entrada al materialismo:

1.º Cuando afirma la impotencia de la razón para demostrar la sustancialidad, la simplicidad, la inmortalidad del alma humana y hasta la existencia de Dios.

2.º En fuerza de su teoría acerca de la teleología inmanente, teoría que lleva consigo la negación de las causas finales y la sustitución real del concepto de evolución al concepto de creación.

3.º Cuando enseña que los conocimientos é ideas del entendimiento puro carecen de valor objetivo, y que sólo entrando en la esfera de las intuiciones sensibles ó de la experiencia adquieren realidad objetiva y valor científico.

Y 4.º Principalmente, cuando admite la posibilidad de que el *Etwas* nouménico, ó sea el mundo externo, causa y sujeto de los fenómenos sensibles que afectan al *yo*, sea al propio tiempo el sujeto del pensamiento.

En presencia de estas indicaciones, bien se puede afirmar que el ateísmo contemporáneo, en sus varias formas científicas y en sus aplicaciones sociales, representa una evolución lógica de la filosofía de Kant, toda vez que de esta filosofía arrancan las dos grandes fases de la filosofía novísima, el movimiento panteísta y el movimiento materialista, cuyo contenido real y sustancial se identifica, como es sabido, con el contenido de la fórmula atea. Aunque esta sola observación envuelve realmente la demostración de mi tesis bajo el punto de vista del movimiento filosófico racionalista iniciado por

Kant, no estará por demás robustecer y ampliar esa demostración, echando una rápida ojeada sobre los principales sistemas al calor de esa filosofía nacidos y desarrollados.

Para el autor de la *Crítica de la razón pura*, todo es subjetivo en el hombre, y para el hombre, á excepción del mundo externo, considerando como una *cosa en sí*, pero cuya naturaleza desconocemos, como un *Etwas* nouménico de esencia ignorada é incomprensible para nosotros. El panteísmo egoístico de Fichte es el desarrollo lógico del subjetivismo de su antecesor. El noumeno, lo mismo que el fenómeno, es una manifestación del sujeto. No hay razón alguna para que éste sea principio activo y apriorístico del espacio y del tiempo, de las ideas y categorías, y no lo sea de la realidad objetiva. Luego el *yo*, principio creador de las formas *à priori* y de las categorías del conocimiento y de la ciencia, es también el principio creador del *no yo*: luego el *yo* es la *cosa en sí*; es la *X* misteriosa que atormentaba el espíritu de Kant; es la realidad nouménica y absoluta, de la cual el *yo* empírico y el *no yo*, el mundo subjetivo y el mundo objetivo, son meras fases y manifestaciones.

El *yo* puro, ó, mejor, la *yoidad* (dice Icheit), al poner su actividad creadora en y por los *yos* individuales, pone, afirma y crea el mundo externo y el mundo interno, el mundo físico y el mundo moral, y este mundo ú orden moral es lo único que podemos apellidar Dios; porque «la idea de un Dios personal, nos dice Fichte, el Dios exterior al mundo de la antigua metafísica, no es más que un ídolo inventado por la debilidad humana, y los esfuerzos de Kant para restablecer en nombre de la razón práctica lo que había destruído por medio de la razón teórica, son tanto más infructuosos, cuanto que se hallan en contradicción con los principios mismos de su crítica.»

Así, pues, para Fichte, no hay más Dios que el orden moral, ó sea la libertad que se realiza progresivamente en la sociedad humana, por medio de todos y cada uno de los *yos* empíricos. Que si á esto se añade que el autor de la *Crítica de toda revelación* asienta paladinamente que la idea de Dios, como sustancia especial ó distinta de las demás, es imposible,

y hasta contradictoria (*der Begriff von Gott als einer besondern Substanz unmöglich und widersprechend ist*), resultará evidente que el panteísmo de Fichte se resuelve fácilmente en explícito ateísmo. Después de esto, Leroux, y Feurbach, y Heine, y Littré, y Proudhon, y Robinet, ya pueden proclamar en nuestra presencia que no hay más Dios que el *yo* humano, ni más sustancia divina que el hombre, ni más religión que la humanidad y su culto: porque Fichte se ha encargado de demostrar que las teorías humanitarias, materialistas y ateas de nuestro siglo, son evolución lógica del criticismo del filósofo de Koenisberg.

Los sistemas de Schelling y de Hegel, los mismos que en unión con el de Fichte constituyen las tres manifestaciones ó desarrollos capitales de la filosofía de Kant, llevan en su seno el materialismo, como germen y tendencia lógica, y el panteísmo ateo como esencia. El *Etwas* nouménico de Kant, y el *Yo* puro de Fichte, se convierten para Schelling en el *Absoluto*, especie de ser neutro é indiferente, que contiene en sí la realidad y sustancia de todas las cosas, sin ser ninguna de ellas determinadamente. Es el *Unum* de los neoplatónicos alejandrinos, indefinido, inenarrable, incomprensible, que es á la vez naturaleza y espíritu, pensamiento y materia, objeto y sujeto, hombre y Dios, *yo* y *no yo*. Es la realidad única y absoluta, en la cual desaparece toda contradicción, toda diferencia, toda oposición; es, para decirlo de una vez, la identidad de los contrarios; porque éstos no son más que aspectos parciales del Absoluto, el cual, por medio de evoluciones graduales y paralelas, se revela como naturaleza y como espíritu, como pensamiento y como objeto. Así es que todo es movimiento, progreso, organismo y vida en la naturaleza. La materia bruta contiene el germen del reino vegetal; el reino animal es el desenvolvimiento espontáneo del vegetal; el magnetismo y la sensibilidad son manifestaciones de una misma fuerza; el cerebro es el último momento de la organización material. Creo excusado llamar vuestra atención sobre la afinidad que existe entre estas afirmaciones de Schelling y la doctrina profesada por las escuelas materialistas y positivistas de nues-

tros dias, afinidad reconocida generalmente por los historiadores de la filosofía, sin excluir á los admiradores del filósofo alemán y hasta indicada en los títulos de alguna de sus obras.

Que las relaciones de afinidad que existen entre la teoría hegeliana y el positivismo materialista son más íntimas y directas, si cabe, que las que se descubren en Schelling, es una verdad que sólo podrán poner en duda los que desconozcan el organismo científico y el contenido real de esta teoría. Porque, señores, panteísmo, pero panteísmo esencialmente ateo, es preciso reconocer en el fondo de esa gigantesca construcción que, partiendo de la nada, ó si se quiere de la pura potencia, de la nuda potencialidad del ser, nos conduce, sobre la ruína del principio de contradicción, sobre la tesis de la identidad del ser y de la nada, á un Dios que se objetiva y condensa en la humanidad; á un Dios que sólo tiene conciencia de si en el hombre, y por el hombre; á un Dios que, antes de apellidarse tal, es fatalmente impulsado por la ley dialéctica á pasar por medio de una serie de transformaciones sucesivas y ascendentes, desde la materia inorgánica hasta el cerebro del hombre, desde el espacio puro hasta los grandes cuerpos siderales, desde la fuerza química y la vida vegetal hasta la inteligencia del hombre; á un Dios, en fin, que jamás puede llegar á ser realmente Dios, toda vez que es indefinida y eterna su elaboración: *Deus est in fieri*. Porque el Dios de Hegel no es siquiera el ser absoluto de Schelling, ni el yo puro de Fichte: es el movimiento mismo; es la sucesión indefinida; es la generación perpétua de las cosas, del *Absoluto*, de Dios, el cual, por consiguiente, nunca existe ni puede existir como ser permanente, sino como elaboración sempiterna: *Deus est in fieri*.

El error, pero el error en sus formas más brillantes, es el mayor castigo de la razón humana, cuando arrastrada por la ola de la soberbia, va á estrellarse contra el trono del Altísimo. Tal es el pensamiento que surge espontáneamente en presencia de ese panteísmo brutalmente ateo, que representa y sintetiza el esfuerzo titánico de Hegel, de uno de los genios más poderosos que vieron jamás los siglos. Porque ello es cierto que el panteísmo más explícitamente materialista es la última

palabra y el contenido real de esa concepción, que produce vértigos por su originalidad rítmica, por sus vastas proporciones como sistema filosófico, y por su unidad fascinadora; de esa soberbia y colosal pirámide de los tiempos modernos, que, á pesar de tener la nada por base, y por cúspide la negación de Dios, como hemos dicho en otra parte, es, sin embargo, la revelación más sorprendente del alcance y poderío de la razón humana, y revelación también de que, bajo las inspiraciones de la idea cristiana, el Aristóteles de los tiempos modernos, el profeta panlogista de la Idea, hubiera podido ser el Santo Tomás del siglo XIX.

Si el somero análisis que de las teorías incubadas por el criticismo de Kant acabo de hacer, no se refiriera precisa y exclusivamente al panteísmo en dichas teorías contenido, entraría aquí á analizar la teoría krausista, no ciertamente por su importancia real ó interna, al lado de los nombres de Fichte, de Schelling y Hegel, sino á causa de la que por circunstancias accidentales alcanza hoy en nuestra patria. Mas como quiera que en otras ocasiones me he ocupado en el krausismo, precisamente desde el punto de vista de su contenido panteísta, me limito aquí á indicar que lo que constituye el fondo de la filosofía de Krause, es un panteísmo ecléctico, en el cual, al lado de reminiscencias pitagóricas, platónicas y origenistas acerca del origen y modo de ser de las almas humanas, ocupan lugar preferente el dualismo absoluto de Descartes, las teorías de Spinoza y de Schelling, sin contar sus afinidades teúrgicas con la escuela pagana de Alejandría. Con lo cual dicho se está que ni por su originalidad, ni por su verdad merece la importancia que alcanza hoy en nuestra patria, y que, como toda concepción panteísta, entrafía la negación del teísmo verdadero, del teísmo personal, creador y trascendente del Cristianismo.

Conveniente sería para la confirmación de mi tesis entrar ahora en consideraciones críticas acerca de otros filósofos y escuelas, que representan el desarrollo de los gérmenes panteístas y materialistas que la filosofía de Kant llevaba en su seno. Pero no permitiendo esto la índole de este discurso, y

en la necesidad de pasar en silencio los nombres y sistemas de Schleiermacher, Herbart, Schopenhauer, Hartmann y algunos otros, llamaré vuestra atención acerca de la fecundidad que para el mal y el error encierra esa misma filosofía.

Al lado del movimiento panteísta, la filosofía de Kant dió origen al movimiento crítico y al movimiento positivista contemporáneo, siendo digno de notarse que este triple desarrollo del criticismo trascendental y las tres escuelas que le representan, la escuela panteísta, la escuela crítica y la escuela materialista, aunque por diferentes caminos y bajo diferentes fórmulas, convergen todas hácia el ateísmo. El panteísmo lleva consigo la negación del Dios real, verdadero y personal de la recta razón y del Cristianismo: la escuela crítica, legítimo desarrollo del elemento escéptico-idealista contenido en la filosofía de Kant y aplicación lógica del subjetivismo de la idea metafísica y del apriorismo de las categorías de la razón, afirma por boca de sus principales representantes que lo que el vulgo llama Dios, el Ser infinitamente perfecto, anterior, superior al mundo, con existencia real y personal, distinta de la existencia de los seres que integran el Universo, es una *mera categoría ideal*, es una pura *abstracción*, *viejas palabras*, tomadas de la antigua filosofía. Esta escuela os dirá también que lo *ideal solamente es Dios*; que Dios no es otra cosa más que un ideal del pensamiento humano: que ninguna realidad puede ser Dios, porque *perfeccion y realidad envuelven contradicción*. El Dios perfecto no es más que un ideal incapaz de realidad objetiva.

A su vez la escuela materialista, preparada por las teorías de Schelling y de Hegel, las cuales, bien así como la teoría crítica, nacieron y se desarrollaron al calor y bajo las inspiraciones de la filosofía de Kant; fomentada por el atomismo cósmico-psíquico de Herbart, y favorecida especialmente en sus tendencias y propósitos por la teoría positivista y semi-atea de Schopenhauer, creyó llegada la hora de arrojar la máscara y de levantar bandera en favor de la tesis materialista y atea, como desarrollo legítimo del racionalismo germánico.

Así es que, al lado y en pos de la teoría atomística de Her-

bart, de la filosofía ateológica de Schopenhauer, de la concepción panteístico-pesimista de Hartmann, del teísmo nominalista de Vacherot y Renan, derivaciones más ó menos inmediatas de la filosofía de Hegel y del criticismo kantiano, aparecen en la escena el positivismo de Comte y el transformismo de Darwin, para proclamar en alta voz que entre el hombre y los animales no existe diferencia alguna esencial, y sí únicamente de grados, y esto sin excluir la misma unidad del *yo* y la personalidad consciente; que la noción del derecho es una noción inmoral y anárquica, así como la noción de causa es una noción sofisticada y antirracional; que la teología, y por consiguiente la realidad objetiva de Dios, que constituye su objeto y su contenido, es una ficción; la metafísica y la inmortalidad del alma un sueño, y que no hay más Dios ni más religión que la humanidad y su culto.

Por su parte, el darwinismo no se contenta ya con las afirmaciones algún tanto reservadas del positivismo, sino que á la sombra de la teoría transformista busca los progenitores del hombre en el simio y hasta en la célula vital ó prototipo primitivo, que aparece sobre la tierra sin razón suficiente, cual misterio inexplicado é inexplicable, mientras que por otro lado destruye y niega la idea de Dios, como destruye y niega la ley moral, el deber y la justicia como caracteres distintivos del hombre, para terminar en la negación explícita de la libertad humana, y en la afirmación no menos explícita de que el espíritu humano no es más que una fase evolutiva de la materia inorgánica.

Hé aquí las premisas inmediatas de ese materialismo ateo que se levanta de todos los puntos del horizonte, enviando hasta nosotros la palabra fatídica de Vogt y Büchner, de Royer y Moleschott, de Kunis, Dühring y Haeckel; palabra cuyo eco natural y lógico es la palabra ultra ateísta de Proudhon. Porque ello es cierto que cuando el autor del *Sistema de las contradicciones económicas* hace reteñir nuestros oídos proclamando á la faz de la Europa que *Dios es el mal*, pone lógico y natural coronamiento al edificio racionalista de los tiempos modernos. Si D'Holbach y Lametrie representan la última evo-

lución del racionalismo cartesiano, Büchner y Proudhon representan la última evolución del racionalismo de Kant.

Y sucedió entonces, señores, que esa filosofía anticristiana, que en nombre de la razón y de la ciencia acusaba á la Iglesia de desconocer la igualdad de los hombres, la fraternidad universal y el amor de la humanidad, concluyó por negar esa misma igualdad y fraternidad de los hombres; concluyó por enseñar y predicar el abandono y la muerte, por no decir el asesinato de los débiles y desgraciados. Que esto y no otra cosa, representa la ley darwinista de la selección aplicada á la humanidad, por confesión de sus más fervientes adeptos. Y esta filosofía, que abandonó el espiritualismo cristiano en demanda de superiores espiritualismos y de más vastos horizontes, descendió por gradaciones sucesivas, pero lógicas, hasta el fango de la materia y hasta la blasfemia del ateísmo. Y esa filosofía, en fin, que, en nombre de la independencia autonómica de la razón humana, pretendió escalar el cielo y sentar su trono cabe el trono del Altísimo, comenzó divinizando al hombre y proclamando su identidad sustancial con Dios, para concluir afirmando su identidad sustancial, no ya sólo con el simio trepador del bosque tropical, sino con el protoplasma albuminoso, eflorescencia espontánea del mundo inorgánico. ¡Con cuánta razón fue dicho por el Maestro divino: *Qui se exaltat humiliabitur!*

Como no podía menos de suceder, dado el carácter, las tendencias y las direcciones fundamentales de la filosofía de Kant, en el fondo de ese triple movimiento de que acabo de hablaros; en el fondo del movimiento panteísta, y del movimiento crítico, y del movimiento materialista, cuyo término final y comun es la negación de Dios, viene también envuelto un movimiento esencialmente racionalista, cuyos trabajos y esfuerzos no tienen más objeto que la destrucción y la negación del Cristianismo. La teoría mítica de Strauss con respecto á Jesucristo y los misterios de la Biblia; la crítica escéptica de Renan sobre los orígenes del Cristianismo y la divinidad de su Fundador; Feuerbach, Heine y la izquierda hegeliana condenando y desfigurando el espiritualismo cristiano;

las escuelas socialistas predicando la irresponsabilidad moral del hombre y glorificando la carne y sus pasiones; Leroux y Littré afirmando el humanismo y la antropolatría; Schleiermacher y Bunsen reduciendo el Cristianismo á una manifestación variable, arbitraria y libre de la conciencia individual, convergen y marchan todos, bien que por diferentes caminos, á la destrucción del Cristianismo.

Así se comprende que Strauss, al escribir su libro *La antigua y la nueva fé*, que es como su testamento científico y reflejo el más exacto de las tendencias fundamentales de la filosofía kantiana, haya podido responder con un *no* categórico á la cuestión de si somos cristianos todavía. Respuesta es esta muy lógica y natural en boca de quien escribe que el Cristianismo es un *principio hostil á la cultura*, y que la Religión, lejos de ser un privilegio y una perfección real del hombre, es una *debilidad* de la naturaleza humana.

Ahora bien, señores: si es cierto que la filosofía constituye el centro del organismo científico, y que de este centro reciben calor, vida y forma todas las demás ciencias; si las concepciones más abstractas de la metafísica llevan consigo una fuerza superior de expansión y de contagio, en virtud de la cual entran por caminos invisibles en las demás ciencias, en ellas se encarnan y con ellas se compenetran hasta traducirse en hechos é instituciones sociales, nada tiene de extraño, antes es muy natural y lógico, que al calor y bajo las inspiraciones de una filosofía cuya última evolución es la negación de Dios y la negación de Jesucristo, las ciencias históricas hayan proclamado el fatalismo y se hayan convertido en conjuración permanente contra la verdad religiosa: que las ciencias físicas marchen rápidamente hacia el ateísmo por la doble pendiente del naturalismo y del materialismo; que la economía política se haya convertido en una máquina de egoísmo y de goces para unos; de odios, de pasiones y de peligros para todos; que las ciencias sociales hayan proclamado el falansterio, la santidad de las pasiones y la comunidad de bienes; que las artes y la literatura hayan sido profanadas por un naturalismo, ó panteísta, ó escéptico y sensualista; que las ciencias religiosas

hayan proclamado la divinización de la humanidad y la negación del Cristianismo, mientras que las ciencias políticas proclaman á su vez la soberanía del hombre contra la soberanía de Dios, la omnipotencia del Estado y el ateísmo de la ley, buscando en la libertad del hombre, en la arbitrariedad del César, en la voluntad inconsciente de las muchedumbres, el origen, la razón suficiente y la sanción del derecho y del deber, de la justicia y de la ley. Así es también cómo las ciencias morales se han esforzado y se esfuerzan en arrancar al hombre de las manos de Dios y de la Religión, por medio de la moral independiente y de esos imperativos categóricos, tan estériles é impotentes para producir el bien, como erróneos en su base y en sus principios informantes.

Ciertamente que no se necesita reflexionar mucho para reconocer y afirmar que en medio y á pesar del descenso y decadencia de la moral evangélica entre los pueblos del mundo civilizado, el barómetro de la moral pública y privada bajaría más rápidamente y en proporciones inesperadas, si fuera posible que, desapareciendo totalmente los principios, las máximas, las instituciones y la sanción de la moral cristiana, juntamente con las costumbres formadas bajo su influencia, viniera á ocupar su puesto la moral de los imperativos categóricos. Porque la verdad es que si, desde el punto de vista de su contenido real y de su base científica, esos imperativos se resuelven en egolatría y panteísmo, dejan y dejarán siempre mucho que desear desde el punto de vista de su influencia en la moralidad del hombre y de la sociedad. Quien conozca un poco los pliegues y resortes múltiples del corazón humano, la debilidad de la voluntad para el bien, la fuerza de las pasiones para el mal, las situaciones complejas y con frecuencia difíciles de la vida, no puede abrigar la menor duda acerca de la esterilidad é impotencia de esas fórmulas estóicas y frías para regular la conducta moral de las muchedumbres y contener sus pasiones, aun cuando queramos admitir en hipótesis que son suficientes para determinar ó dirigir la moralidad más ó menos dudosa é incompleta de ciertos individuos.

Así es cómo las ciencias todas han sido informadas por el

ateísmo, que, á la sombra del racionalismo anticristiano, sentó su trono en el centro de la filosofía y de la metafísica, revelándose unas veces bajo los matices de la palabra cambiante y flexible de la escuela crítica, apareciendo otras con ruda franqueza en el terreno materialista, y presentándose con más frecuencia bajo la forma velada del panteísmo, sistema apellidado por Proudhon, por esta causa, *una hipocresía y una falta de valor.*

Si las instituciones sociales y políticas se encuentran hoy saturadas de ateísmo, corroidas y gangrenadas por el positivismo materialista, es porque el hombre ha querido usurpar el lugar de Dios, y sustituir la universal teocracia á la teocracia de la filosofía cristiana. Y no os asuste, señores, oirme hablar de teocracia; que la teocracia á que aludo no es la teocracia en el sentido tan inexacto como vulgar, que generalmente se atribuye á esta palabra; es la teocracia que consiste en reconocer que á Dios, autor y creador del mundo y del hombre, compete el derecho de soberanía y de gobierno sobre el mundo y sobre el hombre. Consecuencia necesaria de esta teocracia es la determinación de las relaciones entre el hombre y Dios. La sociedad, el Estado y el poder público, traen su origen primitivo de Dios, el cual, al llamar al hombre á la existencia, hizo de él un ser social á la vez que un ser moral é inteligente. Dios es el autor de la familia; es origen y norma de la moral, fundamento y razón suficiente del derecho, base primitiva y sanción última de la ley y de la propiedad, como lo es también de la libertad y de la autoridad, y, por consiguiente, del orden social. Porque si el orden social es la unidad de la libertad en la autoridad y de la autoridad en la libertad, no puede ser estable ni fecundo para el bien sino á condición de buscar en Dios su origen y su sanción. «Si quieres que te obedezca, dice al hombre del poder el hombre de la filosofía y de la política cristiana; si quieres que te escuche cuando me diriges tu mandato y cuando pones límites á mi libertad, háblame en nombre de Dios y con la autoridad de Dios: de lo contrario, no te conozco ni te escucho; tu mandato es tiranía y usurpación; mi razón y mi voluntad valen tanto como tu voluntad y tu razón.»

Consecuencia también de esa teocracia es la sublime teoría de la filosofía cristiana acerca del destino final del hombre; teoría que al subordinar los fines de la sociedad terrena al fin supremo y último del hombre, deposita en el seno de la sociedad, del Estado y de la familia, un principio espiritualista destinado á contrabalancear la gravitación impetuosa del hombre hácia la carne y los sentidos. Por eso San Agustín, después de asentar que el fin supremo del hombre consiste en el conocimiento, amor y posesión de Dios (*creatus est homo ut Deum cognosceret, cognoscendo amaret, amando possideret, possidendo frueretur*), enseña que incumbe á los reyes el deber de procurar el bien social pero en armonía y relación con las prescripciones de la Religión divina. Por eso también Santo Tomás, después de afirmar que el fin propio de la sociedad humana es procurar el bienestar material, intelectual y moral de los asociados, pero sin perder de vista que la virtud ó perfección moral es aquí lo más importante (*virtuosa igitur vita est congregationis humanae finis*), afirma y enseña á la vez que el fin último de la sociedad humana es el mismo fin último y supremo de los individuos.

¿Es esta la doctrina social de la filosofía racionalista? ¿Son estas las ideas, las tendencias y los propósitos, de sus representantes? Escuchad su palabra: «Queremos, dicen, un Estado sin Religión y sin Dios; queremos una familia sin Dios; una ley sin Dios; moral y escuelas sin Dios, y hasta sepulcros sin Dios. La sociedad y el Estado, la soberanía y la ley, la moral y el derecho para nada necesitan de Dios; deben su origen, su sanción y su esencia á la voluntad del mayor número.»

Hé aquí la última palabra de la filosofía racionalista, cuyas varias corrientes vienen á concentrarse todas finalmente en la idea ateísta. Y sucedió que Dios, su Cristo y su Iglesia, fueron condenados, arrojados, proscritos de todas partes. Una sonrisa de satisfacción se dibujó entonces en los labios de príncipes y gobernantes, de magistrados y de filósofos, de los sabios y de los poderosos del siglo. «El poder y la gloria, la ciencia y las riquezas, serán nuestra herencia exclusiva, dijeron en su corazón; la tierra y el porvenir nos pertenecen.» Mas

hé aquí que de repente llega hasta á sus oídos rumor lejano de pavorosa tempestad. Y no es que el hombre de la lógica implacable arroje á su rostro la última consecuencia de las premisas por ellos sentadas, proclamando que Dios es el mal, que la propiedad es un robo, que la anarquía es la única forma legítima de gobierno. Nó, no es la lógica del escritor; es la lógica práctica y avasalladora de las masas organizadas por asociaciones anárquicas y utópicas, la que conturba, agita y estremece á esos hombres de Estado, á esos gobernantes y magistrados, á esos sabios y poderosos de la tierra. Con su palabra y con su ejemplo arrancaron del corazón del pueblo las augustas creencias y las consoladoras esperanzas de la Religión cristiana. Y este pueblo, que escuchó un día y otro día la voz de blasfemia lanzada contra Jesucristo, y su Iglesia, y sus ministros; este pueblo que, encorvado sobre el arado y sepultado en los talleres, vió que los sabios y los poderosos del siglo su burlaban de su fe, le arrebatában su esperanza en una vida futura y el pensamiento de Dios, invitándole á fijar únicamente sobre la tierra sus miradas, sus manos y su corazón, irguió su frente sombría, en la cual no brilla ya el sello augusto de la fe y de la esperanza en Jesucristo, y exhaló de su pecho una voz de maldición y de muerte. Es la voz del pueblo, que dice á los sabios y poderosos de la tierra: «Si el Cristianismo es una impostura, como asegurais; si la existencia de Dios es una hipótesis; si no hay más Dios que la humanidad, ¿por qué sufro y lloro, mientras vosotros, hombres como yo, abundais en delicias?... Puesto que me asegurais que nada hay para el hombre más allá del sepulcro; puesto que la Providencia, el infierno y el paraíso, son palabras que nada significan, quiero poseer la tierra, quiero abundar en riquezas y placeres. Nos habeis enseñado que la ley de la vida es gozar. Pues bien; nosotros queremos gozar, porque mañana moriremos; queremos destruir y aniquilar cuanto opone trabas á nuestros goces y placeres : por eso predicamos la guerra contra Dios y sus ministros, guerra contra la Religión y la sociedad, guerra contra la autoridad, contra la propiedad y la familia.»

¿Qué significa ese grito de maldición, de guerra y de muerte, lanzado por el socialismo contemporáneo? Es el eco fatídico, pero lógico, de las doctrinas que al pueblo se han enseñado con la palabra y con el ejemplo. Digámoslo, pues, aquí, y digámoslo en voz muy alta: si la sociedad y las naciones han de recobrar el perdido equilibrio; si la sociedad y las naciones han de evitar la tempestad que ruje bajo nuestras plantas, y que proyecta sombras siniestras sobre el porvenir, es preciso que vuelvan al centro, por ellas en mal hora abandonado; es preciso que conviertan su corazón y sus miradas hácia el Dios verdadero y hácia su hijo Jesucristo: que no es sola la vida eterna, es también la vida presente la que es fecundada y santificada por el conocimiento de Dios y de su enviado Jesucristo. Y es preciso también, y ante todo, que la sociedad y las naciones vuelvan á llamar á su seno al Cristianismo, fuera de cuya órbita vienen peregrinando hace tiempo.

Y al hablar de Cristianismo no me refiero á ese cristianismo racionalista, hoy de moda entre algunos filósofos y publicistas, que se reduce por un lado á una moral individualista y libre que deja paso franco á las pasiones, mientras que en el terreno doctrinal sólo nos ofrece remedos más ó menos ingeniosos de los dogmas católicos, cuya verdad es inconciliable, no ya sólo con las cristologías de Strauss, Bruno Bauer y Marheineke, si que también con las trinitades filosófico-panteístas de Schelling, de Leroux y de Dorner. Hablo del Cristianismo tradicional, perpétuo y auténtico, revelado por Jesucristo, predicado por los Apóstoles y enseñado por los antiguos Concilios y Padres de la Iglesia. Hablo de ese Cristianismo que regeneró una sociedad próxima á perecer en manos del principio politeísta y del principio epicúreo; que rompió las cadenas del esclavo; que dió vigor sobrehumano á la inteligencia poderosa de San Agustín y de Santo Tomás; que por medio de sus admirables instituciones monásticas hizo brotar por ensalmo cultivados campos y villas populosas en las primitivas selvas y lagunas; que conserva y desarrolla las ciencias y las artes, lleva la civilización á pueblos salvajes, redime al cautivo, instruye á la juventud, cura al enfermo, protege al

desvalido y evangeliza al pobre. Este Cristianismo, que condena la tiranía y violencia, como condena la rebelión y el desorden; este Cristianismo, que ama el progreso en el bien y para el bien; que forma los grandes caracteres y es origen de austeras virtudes; que tiene soluciones fijas á la vez que filosóficas para todos los grandes problemas de la vida y de la muerte del hombre; que asienta sobre firmes y sagradas bases la sociedad, la autoridad, la familia y la propiedad, es el único capaz de contener ese gran movimiento de descomposición moral y social que hoy nos preocupa, y que es el resultado natural y necesario del principio racionalista que hemos sustituido al principio cristiano y de las instituciones ateas, que en uso de nuestra soberanía popular y de nuestra autonómica razón nos hemos dado. La sociedad y las naciones corren gran riesgo de perecer, y perecerán sin duda, si en frente del movimiento pagano y racionalista, que origina y representa su decadencia y sus peligros, no verifica un gran movimiento de aproximación y concentración hacia el principio cristiano. Si posible fuera que el Cristianismo, con todas sus ideas é instituciones, se ausentara de las naciones civilizadas, conocerían entonces lo que deben á esa Religión santa, á la que menosprecian y persiguen; conocerían entonces que al Cristianismo, y sólo al Cristianismo, son debidos el germen, el desarrollo y los elementos principales de ese gran hecho histórico-social que apellidamos *civilización europea*.

¿Qué significan, en presencia de estos hechos y reflexiones, esos vaticinios de la incredulidad sobre la muerte próxima del Cristianismo católico? Ciertamente que hay aquí un fenómeno que merece fijar nuestra atención.

El racionalismo filosófico-religioso, que hace tres siglos viene trabajando la Europa y ejerciendo activa propaganda á la sombra de los tronos, apoyado por los gobiernos, enseñado por las universidades, y, lo que es más aún, favorecido por los instintos y pasiones del hombre, apenas cuenta algunos millares de afiliados. Y sin embargo, se complace en vaticinar la próxima desaparición y muerte de esa Religión santa, que cuenta millones y millones de creyentes: que hoy mismo ejer-

ce tan poderosa atracción sobre las clases influyentes é ilustradas de las naciones que marchan al frente de la civilización, y que hasta en Alemania, hasta en ese gran centro del racionalismo, adonde acuden en busca de armas contra el Cristianismo los racionalistas de segunda fila, ofrece palpables ejemplos de poderosa vitalidad, enseñando que sabe resistir hasta la sangre á todo poder y á toda tiranía, cuando violentar intenta la libertad del hombre y el derecho sagrado que le asiste para adorar á Dios en espíritu y en verdad.

La Religión cristiana, nos dicen los profetas de la idea y del progreso indefinido, debe desaparecer, en atención á que, como Religión demasiado antigua, ya no puede responder al estado actual y futuro de la civilización; es incompatible con el progreso á causa de su inmovilidad dogmática; es una Religión incapaz de satisfacer á los espíritus superiores y á las almas fuertes, y propia solamente para el pueblo y para las almas débiles.

Es verdad: el Cristianismo es una Religión que sólo puede satisfacer el corazón y la inteligencia de espíritus inferiores, de almas débiles y apocadas. Y en prueba de ello, ahí teneis los nombres de Orígenes, de Eusebio de Cesárea, de San Agustín y de Santo Tomás, de Melchor Cano y de Vives, de Bossuet, de Leibnitz y de Baronio. Y si quereis almas débiles y apocadas, ahí están las de San Atanasio y San Ambrosio, las de Gregorio VII y Sixto V, las de Isabel la Católica y Cisneros. Y á estas almas débiles y apocadas, con tantas otras que citar pudiéramos, añadid, si os place, ese inmenso cuanto brillante catálogo de mártires cristianos, que, desde San Estéban, hasta el misionero de nuestros días, vienen sancionando con su épica fortaleza y sus combates de sangre los derechos de la libertad, de la justicia y de la dignidad del hombre. ¡Sin duda que esos hombres no pueden significar nada al lado de los nombres de Fichte y de Schelling, de Hegel, Krause y Schopenhauer, cuyas creaciones filosóficas brillan un dia, para desaparecer al siguiente, sepultadas y confundidas en el torrente impetuoso de las pasiones humanas! ¡Sin duda que la inteligencia y el saber de Clemente de Alejandría

y de Orígenes, de San Jerónimo y de Eusebio, de San Agustín y de Santo Tomás, no se hallaban á la altura de la inteligencia y del saber de los Strauss y Renan, de los Larroque y Laurent, de los Tiberghien y Littré!

El Cristianismo, añaden, no se halla en relación con las exigencias de la moderna civilización, á causa de su antigüedad y de su inmovilidad dogmática. Esta objeción es digna de los que enseñan que la verdad no *es*, sino que se *hace*. Con igual derecho pudieran reclamar contra la permanencia de las leyes mecánicas, que obligan al arquitecto á no separarse de ellas al construir un edificio, no menos que contra el Decálogo, contra la propiedad y la familia, toda vez que aquellas leyes y estas instituciones son más antiguas que el Cristianismo.

Ni es menos infundada la objeción referente á la pretendida oposición entre el Cristianismo y la ley del progreso. La ley del progreso, ó no significa nada, ó significa la tendencia del hombre á una condición superior, una expansión, una ascensión hácia un ideal de perfección. Luego el Cristianismo es esencialmente progresivo, toda vez que, además de revelar al hombre de una manera fija y concreta su origen y su destino final, le presenta como ideal de ascensión perenne é indefinida hácia la perfección, al que es Bien sumo; Verdad primera, Belleza infinita: *Estote perfecti sicut Pater vester coelestis*.

Y si la razón demuestra con la evidencia de la lógica la posibilidad del progreso en el Cristianismo y por el Cristianismo, la historia se encarga de demostrar con la evidencia de los hechos, la realidad de este progreso en el Cristianismo y por el Cristianismo. Comparad, si no, la civilización iniciada por el Sakya-Mouni del Ganges y por el Profeta del desierto, con la civilización iniciada por Jesús de Nazaret. Comparad los progresos realizados en hombres y pueblos bajo la influencia y las inspiraciones de la idea búdhica y de la idea musulmana, con los progresos realizados bajo la influencia é inspiraciones de la idea cristiana, y despues de esto, negad, si podeis, que el Cristianismo es una institución eminentemente progresiva, que el Evangelio de Jesucristo lleva en su

seno, fecundo é inagotable gérmen de sólida civilización.

Y en presencia de estos hechos, se nos repite un día y otro día que el Cristianismo es incompatible con la civilización, á causa de su inmutabilidad dogmática. ¡Como si el progreso y la civilización tuvieran algo que temer de los dogmas cristianos! ¿Será, por ventura, que la posesión de la verdad por Dios revelada puede retardar la marcha del hombre hácia la perfección? Algo más exacto sería decir que el Cristianismo favorece el desarrollo de la civilización, porque sus dogmas fundamentales, el dogma de la creación y el de la caída original, el dogma de la reparación por Jesucristo, el dogma de la gracia, los dogmas de la caridad, de la esperanza y de la vida eterna, encierran gérmenes fecundos de perfección para el hombre y contienen la razón suficiente y como el principio generador de la ley del progreso.

La inmovilidad dogmática del Cristianismo no se opone á la marcha progresiva de la humanidad hácia el bien en todas sus manifestaciones, como tampoco se opone á esta marcha progresiva la inmutabilidad del Decálogo y la inmovilidad de la ley moral. La inmovilidad del Cristianismo es la inmovilidad del grande Océano, que, cerrado y limitado por continentes y montañas, es surcado en todas direcciones por la nave y el vapor, y ofrece vastísimo campo al movimiento, á la actividad y á las exploraciones del hombre.

Que si del terreno doctrinal descendemos al terreno de las instituciones, veremos á la Iglesia fomentar el espíritu de movimiento, de vida y de iniciativa individual, cerrando la puerta al sistema de castas y cimentando su notable jerarquía sobre el gran principio de la igualdad; porque nadie duda, os diré con un autor nada sospechoso en la materia (1), «que la igualdad en admitir á todos los hombres para los cargos eclesiásticos; que el continuo llamamiento de la Iglesia, arreglado segun principio de igualdad, ha contribuido poderosamente á mantener, á reanimar sin cesar el movimiento y la vida, á prevenir el triunfo del espíritu de inmovilidad.» No creo ne-

(1) Guizot: *Historia de la civilización de Europa*, lec. 5.^a

cesario detenerme en probar que el régimen de castas ahoga y atrofia el espíritu de movimiento y de progreso en una sociedad política y religiosa. Conocéis la historia de la India y del Egipto, y yo añado que el espíritu de inmovilidad es inherente al espíritu de casta, porque éste lleva consigo la idea de herencia, de privilegio, de concentración de poderes y funciones en determinadas familias é individuos. Pues bien: la Iglesia ha luchado con perseverante energía contra ese régimen de castas, que retarda el progreso y la vida, y que conduce á la inmovilidad. Por medio del celibato eclesiástico impide que el estado clerical degenera en régimen de castas, y al propio tiempo llama á la posesión del poder á todas las superioridades legítimas, proclamando y manteniendo incólume el gran principio de igualdad y de libre concurrencia para las dignidades eclesiásticas. Así es cómo la púrpura cardenalicia pasa desde los Mendozas á los Cisneros, desde el noble título de Castilla al humilde fraile franciscano: así es cómo el hijo de la sencilla mujer del pueblo (1), y el humilde guardador de ganados (2), honran y ocupan el solio pontificio al lado de los vástagos de la estirpe semiregia de los Médicis.

Ahora debo confesar que entre las objeciones racionalistas contra el Cristianismo, arriba apuntadas, hay una en que la verdad está de parte del racionalismo.

Cuando éste afirma, en efecto, que la Religión de Jesucristo es Religión para el pueblo, tiene mucha razón; porque es mucha verdad que esa Religión, cuya sublime profundidad llena la inteligencia y atrae el corazón de los más grandes genios, es al propio tiempo la única que en su sencillez subli-

(1) Benedicto XI, de la Orden de Predicadores, que sucedió á Bonifacio VIII, y que fué hijo de una lavandera.

(2) Sixto V, de la Orden de San Francisco, aunque otros le suponen hijo de un jornalero. En todo caso, en la historia de la Iglesia no son raros los ejemplos de Papas, y de Papas notables, oriundos de familias pobres y que ejercieron oficios humildes. Testigos, además de los ya citados y otros que se hallan en igual caso, los nombres y los hechos de Urbano IV, Celestino V, Juan XXII, Benedicto XII, Bonifacio IX, Alejandro V, Sixto IV, Adriano VI y San Pío V.

me es capaz de llenar las aspiraciones del pueblo hácia el bien y la verdad. Sí; el pueblo, que es como el corazón del género humano, encuentra en la Religión de Jesucristo la solución verdadera y armónica de los grandes y formidables problemas que se refieren á la vida y la muerte del hombre. Cuando encorvado sobre una tierra ingrata, que riega cada dia con su sudor y con sus lágrimas, siente desfallecer sus fuerzas, el pueblo cristiano se acuerda de que tiene un Dios en el cielo, levanta hácia él sus manos, siente reuacer en su corazón la dignidad y el consuelo, porque oye la voz del Padre celestial, que le dice: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los muertos que mueren en el Señor;» porque *los padecimientos de este mundo nada son en comparación de la gloria futura que Dios revelará en nosotros*. Más todavía: no es solamente en el cielo, es tambien en la tierra donde el pueblo cristiano se encuentra con su Dios; encuéntrale llevando por él y como él la cruz, y la pobreza, y los sufrimientos; encuéntrale en la iglesia que se levanta al lado de su choza, para enseñarle, fortalecerle y consolarle; encuéntrale en el Sacerdote que purifica y ennoblece su alma en el Sacramento, y en el Misionero que levanta su corazón hácia el cielo, y en la Hermana de la Caridad que cura sus llagas, y en el Hermano de la Doctrina cristiana que enseña á sus hijos.

El racionalismo tiene, pues, razón cuando dice que el Cristianismo es la Religión del pueblo. ¡Pluguiera á Dios que este mismo racionalismo, en su odio profundo contra todo lo que es santo y divino, no hubiera arrancado del corazón del pueblo esa Religión de Jesucristo, única que puede salvarle en el tiempo y en la eternidad.

Resumiendo, señores: si la sociedad que nos rodea se halla profundamente perturbada y hasta amenazada en su porvenir y en su existencia; si enfrente de nosotros se levantan muchedumbres que derriban, incendian y matan cuanto encuentran sobre su camino, es porque esa sociedad y esas muchedumbres ostentan en su frente el signo de la bestia Apocalíptica que se levanta contra Dios; el signo de la soberbia racionalista, por la cual han sido llevadas á la negación de Dios en el terreno de

la ciencia, á la universal ateocracia y al cesarismo en el órden político y religioso, al orgullo y al deleite en la moral. La sociedad y los individuos, los hombres y los pueblos se agitan en profundo malestar y marchan por caminos de perdición y de muerte, porque ya no marchan en las corrientes de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia. ¿Será, por ventura, que la brillante civilización que nos rodea está destinada á perecer en medio de horribles convulsiones, saturada de ateismo, de orgullo y de placeres?

Ni vosotros ni yo podemos contestar á esta pregunta, porque este es el secreto de Dios, y el secreto tambien de la libertad del hombre. No es posible predecir el éxito final de esa lucha gigantesca entre el bien y el mal, entre el principio pagano y el principio evangélico, entre el espíritu racionalista y el espíritu cristiano. La historia nos dice que cuando en una nación el mal prevalece sobre el bien, Dios la arroja de su presencia y la sepulta sin gloria y sin honor en la huesa de los siglos; pero la historia, y la razón, y la palabra divina, nos dicen tambien que Dios hizo *sanables á las naciones*, sobre todo cuando se trata de naciones cristianas.

Porque mientras el principio cristiano late en el corazón de un pueblo, este pueblo lleva en sí un germen fecundo de restauración y de reversión á la plenitud de la vida. Por eso en medio y á pesar de nuestros temores sobre el porvenir de la civilización europea, esperamos que tarde ó temprano volverá al seno de Dios, escarmentada y arrepentida de sus peregrinaciones fuera de la órbita del Cristianismo. Entonces reconocerán los pueblos que Jesucristo es el Rey de las almas, y su Iglesia santa la mediadora entre Dios y el hombre; y de todos los puntos del horizonte se levantará una voz de alabanza, como la que oyera el profeta de Patmos, *como voz de muchas gentes; y como el sonido de muchas aguas, y como el estampido de muchos truenos, que decía: «Al que está sentado en el trono, bendición, honor y gloria, y potestad en los siglos de los siglos.»*

Quando llegue ese día feliz para las naciones ingratas que hoy se apartan del Cristianismo, al cual deben su civilización,

reconocerá y confesará el hombre que las ciencias naturales son un comentario de la verdad revelada; que la historia es la justificación humana de la Providencia divina; que la filosofía y la religión, sin dejar de ser distintas, deben marchar en amigable consorcio, según la palabra del poeta latino

..... *Facies non omnibus una
Nec diversa cōmen, sed quae decet esse sororum;*

que Dios es el principio y la sanción de la sociedad y la familia, de la moral y del derecho, del orden y de la libertad. Cuando llegue ese día feliz; cuando la humanidad reconozca que Jesucristo es el centro, á la vez que el término viviente y real de la historia humana: *Jesus christus heri et hodie, ipse et in saecula*; cuando reconozca que el reinado social de Jesucristo determina y representa la superioridad incontestable de la civilización cristiana sobre las civilizaciones paganas, y que este reinado lleva consigo el reinado de la fraternidad verdadera y del derecho, de la justicia y de la caridad; cuando se reconozca, finalmente, que el Evangelio es un código superior á todo código humano; que protege todas las debilidades contra todas las violencias, á la vez que protege todos los derechos contra todas las concupiscencias, entonces será glorificado el nombre de Jesucristo y de su Iglesia, y toda conciencia, todo corazón y toda lengua del pueblo cristiano enviarán hasta el trono de Dios el himno santo de la victoria del *Verbo*, que habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad.

CONCIERTOS AL AIRE LIBRE.

Indudablemente el aire es para la música artículo de primera necesidad; y sin embargo, no puede negarse que es su más temible enemigo.

El sonido vive en el aire, como el pez en el agua: en su elemento.

Poned una estatua donde hagan el vacío, y la vereis; encerrad un organillo y perdió su virtud. Así como la música es el aire agitado á compás, el aire es la música desordenada.

Exponer las notas de una orquesta á las veleidades y descomposturas del inquieto elemento, es como llevar á casa del hombre metódico y ordenado al maniroto que todo lo ensucia y descompone, es como encender la tea de la discordia en la mansion de la armonía.

La música realiza el *desideratum* de los maestros de escuela en épocas revolucionarias, viven del aire, pero á condición de contenerlo y esclavizarlo.

Los que inventaron las primeras sinfonías, comprendieron que nada hay más libre en el mundo, y no acometieron la ridícula empresa de luchar con él á brazo partido.

Acogiéronse á los templos, que era acogerse al sagrado de la religión y del arte, donde no penetraban sin freno el aire y las pasiones, los silbidos de la naturaleza y los de los hombres.

Más tarde secularizaron el arte los confiados en el triunfo y nació la esclavitud del aire en provecho de la música. El instrumento fué el teatro.

Pero como en este mundo las cosas llegan por sus pasos contados, la esclavitud no se estableció al principio con las facultades que conocieron Beethoven y Mozart.

Su primera época fueron los teatros al aire libre: se veía el cielo como en las plazas de toros.

El velarium, especie de toldo fué una tímida tentativa para aumentar los derechos sobre el enemigo del divino arte, en la que el sol sirvió de pretexto.

Para detenerse en el camino de las concesiones, no se ha inventado aún freno bastante poderoso: así es que del velarium al techo la transición fué natural, pronta y de utilidad evidente para los arquitectos.

La reacción ha tardado en llegar, pero quien sabe á donde nos llevarán sus consecuencias. Por el pronto en París existe un Hipódromo donde se celebran conciertos mónstruos ó festivos, cuyo techo se abre de par en par como si fuera una puerta.

Ya empezamos á parecernos á los pueblos antiguos. Los partidarios del estado natural pueden añadir un síntoma más á los muchos que se observan de su próxima victoria; el velarium que antes era de lienzo, ahora es de cristal.

La fragilidad del siglo exigía este adelanto. Como la Sociedad Protectora de los animales defiende los derechos de éstos, así aunque en las profundidades de los centros filantrópicos se advierten corrientes favorables á los derechos del aire. Si los árboles tienen protectores, no hay razón para negárselos al medio en que todos vivimos.

Sería injusticia notoria que, cuando tantos se mudan á cualquier aire, con tal de que los lleve al presupuesto; cuando tantos filósofos se fundan en él para apoyar sus hipótesis; cuando tantos, en las playas del Occéano, lo toman por orden facultativa, no le diéramos siquiera una parte de la libertad que por todas nos sobra.

Sin embargo, preciso es advertir que nuestros buenos pensamientos pueden traernos desgraciados sucesos.

Abrir la caja de Pandora de otras libertades, fué causa de recientes desventuras; si no nos vamos á la mano, en lo de abrirla á los aires, concluirán con la música y nuestro deleite.

Sucede con estos miramientos, que de puro dar libertades

nos vamos quedando sin ninguna. Dia llegará, si un hambre muy fuerte no lo remedia, en que no se matarán los bueyes por influencia de algun académico de la Protectora; y quién sabe si concluiremos por no hacer ruido, para no molestar al aire.

Wagner, apasionado de su arte, vió allá en las sinuosidades de lo porvenir, cuanto decimos; y esconde la orquesta debajo del escenario, para que no la sientan los celosos defensores de los agentes naturales.

Atrévase á tocar un andante expresivo, teniendo que sujetar los papeles y agarrándose á ellos con los ojos; cuando las luces se vuelven locas, es empresa digna de compararse con la del que se atreve á examinar una pintura deslumbrada por los vivísimos rayos del sol.

La naturaleza tiene sus voces, que son las alegres auras de la mañana, el trino de los ruiseñores, los secretos ruidos de la noche. Tal orquesta no admite comparaciones ni competencias.

La música que componen los hombres es sublime á veces, la de la naturaleza es inimitable siempre.

Hay, sin embargo, músicas que pueden entrar en competencia con el aire.

Permitidme que enumere algunas excepciones; dejaría de ser regla si no pudiera contarlas.

Los cuernos de caza no entran en el número de las orquestas. Sus notas no tienen variedad. Aquella sonora trompetería no es una composición musical, es un aviso.

Habrá momentos en que os parecerá magnífica. Recordad la negra espesura del bosque, la falta de cielo, el apresurado saltar del ágil corzo, el ruido que produce el jabalí, al separar la maleza, rompiendo por todo con su cortante colmillo.

Los cuernos de caza son en aquel instante acompañamiento de secretos temores que dejan hondas impresiones en el ánimo; es el grito de un hombre que llama á sus semejantes, el pito del sereno, pidiendo auxilio.

Las charangas de los regimientss distraen en tiempo de guerra, pero en el de paz son el más horrible de los suplicios.

En la batalla infunden valor; son el legendario vino con

pólvora de Catalina; pero si en las pacíficas calles de una ciudad pasan á vuestro lado, habreis de hacérselo si no sois sordos.

Era en un concierto á las cinco de la tarde. El Buen Retiro estaba lleno de gente. Breton dirigia la orquesta; los aplausos no andaban escasos: estábamos ya, como suele decirse, á los postres; los dulces de aquella tarde eran unos walses de Strauss, que rara vez se indigestan.

Ibamos por el andante-introducción, cuando la mala ventura llevó por la calle de Alcalá un batallon de cazadores que volvía de las maniobras.

Breton comprendió el reto de la charanga, y su deber como general. Un golpe de batuta imprevisto detuvo á aquel ejército de violines y fagots que mandaba. Sin tan oportuna retirada contaríamos ahora la derrota.

Breton sabía que no vence la fuerza, sino la habilidad; que su orquesta era admirable, pero que la otra gritaba más. Si hubiera continuado el combate, de seguro que, como Temistocles, hubiera concluido por decir: «Pega, pero escucha.»

Tampoco es música, para los efectos de este artículo, la de los organillos, que entra por los oidos, como la de los mosquitos en verano, sin dejar nada agradable.

Sus melodías son como los trapos que recoge el carro matutino. Admiración un dia de los salones, no acertaría á conocer en la mañana de su deshonra, la misma modista que les dió el sér de elegantes vestidos.

Los que manejan esos instrumentos, dan por dos cuartos imitación de música, como los buhoneros que recorren las calles con la cesta de baratijas de latón y metal blanco.

No diré nada de las murgas, cuyo director se contenta con que empiecen á un tiempo sus subordinados; ni de la música de los toros, ni de otras, de las que con Napoleón puede afirmarse, que son el ruido que menos molestan.

Baste saber que en ellas dominan los instrumentos de viento, con lo que dicho se está, que pueden apostárselas con el aire.

Cuernos de caza, charangas, organillos, murgas, vosotros

podeis dar rienda suelta á vuestras notas; en cuanto veais en un apuro á los que os manejan.

Pero tú, orquesta admirable, que serviste de medio á Beethoven y Mozart, para comunicarnos sus sublimes pensamientos, guárdate del aire, en los salones, en los teatros, en las iglesias, como el hombre busca en bien acondicionadas casas remedio contra sus furores.

No oigas á los que te brindan con el dominio de la naturaleza, porque encontrarás en él tu muerte, como la mariposa en la luz á cuyo alrededor revolotea.

LEÓN MEDINA.

LA LUNA Y EL LIRIO.

Astro de paz que silencioso y mustio,
 Cual vaga imagen de perdida gloria,
 Del negro monte en la erizada cresta
 Lento apareces;

Tú que los campos y los mares pueblas
 De vaporoso indefinible encanto,
 Sol de los tristes, del misterio amiga,
 Pálida luna;

¿De dónde nace esta emocion que siento
 Cuando el reposo universal presides?
 ¿Late en tu seno el corazón de un ángel?
 ¿Ámasme acaso?

¡Siempre te amé!... ¡Con qué ardoroso empeño
 A esa ágría cima, sorprenderte ansiando,
 Volaba yo de la inocencia en alas,
 Crédulo niño!

¡Ay! en el punto de ganar la altura,
 Mi afán burlabas redregando esquivo,
 Sobre lejanas superiores cumbres
 Resplandeciendo!

Así á la dicha perseguí en el mundo;
 Así iludió mis juveniles sueños.....
 ¡Cuanto subía, de ella en pos, más alto
 Más se alejaba!

¡Cuán otro ahora desde el patrio valle
 Vuelvo hácia tí los anublados ojos,
 Marchita el alma, en desengaños rico,
 Rico en dolores!

¡Quién elevarme á tu remoto asiento

Y allá contigo, de terrenas cuitas
Libre, habitar en perdurable olvido

Diérame, oh luna!

¡Ah!... te sonríes.... Mas ¿qué acento suave
Los aires cruza y en acordes ecos
Blandas repiten como eólias arpas

Rocas y fuentes?

¡No es de la tierra! A su ideal sonido,
Lleno palpita de ternura extraña
Mi corazón, que revivir parece.....

¡No es de la tierra!

¿El dulce espíritu que en tu seno mora
Desciende pío á mitigar mis penas?
¿De amor quizás á revelarme viene

Dulces arcanos?

¡Él es, él es!... Con su vital respiro
Al bosque anima por tu luz bordado
Que de la mar el rumoroso ondeo

Manso remeda.....

¡El es, él es!... En el raudal del monte
Casta y profunda su mirada brilla
Y la armonía de su etéreo lábio

Flébil resuena....

— «De tu existencia en el Abril florido
Mísera jóven, de virtud desnuda,
Te vió, te amó..... su porvenir, su gloria

Puso en tí sólo!

»El vago anhelo de la edad voluble
Ciego á su lado te llevó un instante....
¡Ay! cual estiva exhalacion huiste....

¡No de su alma!

»Quedó tu imágen bienhechora en ella,
Como en el centro de letal pantano,
Purificando sus malignas aguas,

Árbol salubre.

»Por tí el abismo conoció en que estaba,
Por tí á lo alto levantó sus ojos,

Por tí inefables de dolor divino

Lágrimas tuvo.

»Y el cautiverio en que infeliz yacía
Rompió, á estos valles dirigiendo el vuelo,
Cual si de aquí en enamorada trova

Tú la llamases.....

»¡Dios la llamaba!... Con benigno rostro
Vióla á sus plantas sollozar contrita,
La ornó de gracia y encendió en su pecho
Santos amores.

»Aquí—en Dios fijo el corazón—muriendo
Vivió, de olvido protector cercada;
Aquí, en los brazos, su postrer suspiro

Dió, de María.....

»¡Pluso, en tanto, bajo extraños soles,
Por los caminos del error vagabas,
En térreas fuentes apagar queriendo

Sed infinita!

»De entonces tiene por mansion la luna,
Donde sus culpas solitaria expía
Hasta que el hombre á quien amara insano

Llore y la ame.....

»¿Nunca lejano plañidero acento
Vibrar oíste en la quietud nocturna?
¡Era su voz que por tu amor perdido

Tierna clamaba!

»Allá, del mar en la desierta orilla
Yace su cuerpo en escondida gruta
Donde, al arrimo de la cruz, florece

Místico lirio;

»Lirio morado á cuyo cáliz puro
Baja en los rayos de la luna leves:
Gime con ella cariñoso el viento,

Gimen las ondas.

»¿Tu corazón sin esperanza late?

A orar ve allí y encontrarás consuelo.....

¡Allí de amor la bendicion te espera!

¡Lloras. ... me amas!»—

¡Lloro, te amo, dolorida sombra
Que los misterios de la muerte sabes
Y en mi abatido corazón infundes
Soplo de vida!

En mi alma abiertos con dulzura triste,
Como luceros en profunda noche,
Eternamente irradiarán tus ojos.....

¡Lloro..... te amo!

¡Ven á mi pecho!..... ¡El ruiseñor canoro
Llama á su esposa, que en gentil gorgojo
Le corresponde, y desalada vuela,
Vuela á su nido!

¡Ven!... á cantar las avecillas tornan
¡Cantan unidas!... Y ¿mis brazos huyes?
¡Muéstrame el cielo .. y en la tierra oscura
Sólo me dejas!

—»Pasó la noche y resplandece el día.....
¡Gozo sin fin y claridad inmensa!
¡A Dios, y en Dios cuanto será y ha sido,
Miro patente!

»¡No más detengas tu amoroso vuelo
En luna estéril de fulgor prestado!
¡Al sol de soles que eternal reluce
Tiende tus alas!

»Por tí oro y velo en su gloriosa lumbre
Hasta que, limpio cual intacta nieve,
Te alces á Él y como yo le ames.....
¡Ámale y llora!

»¡Ya se abre el lirio á recoger tu llanto!
En él á Dios tu corazón ofrezco.....
¡Vés?... el Amor de los amores llega.....
¡Ámale y llora!»—

¡Dulces arcanos!... Pero ya en los mares,
Cárdena ¡oh luna! de occidente espiras,
Mientras el alba en la oriental ribera
Leda sonrie...

¿Sueño ó verdad lo que escuché sería?
 ¿Sólo no estoy en mi mortal destierro?
 ¡Aun me convidas con tu amor, ¡Dios mio!
 ¡Lloro..... te amo!

G. LAVERDE.

SILUETAS ARTÍSTICAS.

PABLO SARASATE.

En una villa del Norte de España, oculta entre pobrísimas aldeas, residía hace años un hombre extraño por más de un concepto. Vivía en una casucha á medio dismantelar, cuyo piso bajo tenía destinado á contener en desórden multitud de sustancias y objetos heterogéneos, abigarrados, pero vendibles al detalle.

Era el tal, según propia declaración, artista hasta la médula de los huesos, y en los ratos que le dejaba libre el ejercicio de su modestísimo comercio, se entretenía largas horas en atormentar las cuerdas de un grasiento y veterano violín, del cual salían sonoros gemidos no exentos en ocasiones de musical armonía, cosa al parecer poco ménos que imposible para todo el que contemplara con alguna detención el artista-mercader y el violín-ruina.

¡Era mucho hombre, D. Blasito!

Con su cara de pasa, su cuerpecillo apergaminado y su viveza ratonil, parecía un muñeco de Nuremberg, tallado en médula de saúco y sometido siempre á una corriente eléctrica.

Sus cabellos grises cuidadosamente cortados al rape, espesos, crespos é indomables, daban al rostro, limpiamente afeitado, un aspecto severísimo, y las peludas y movibles cejas colocadas sobre los ojuelos pardos y burlones como para quitarles todo viso de simpatía, servían de complemento á la fisonomía del maestro, siempre envuelto en un ámplio y respetable gaban de hondos é inexplorados bolsillos, los cuales constituían el asunto principal de las graves disquisiciones

á que se entregaban los dependientes del tendero ó los discípulos del violinista.

Algunas veces un muchachillo que apenas alzaba del suelo, acudía á la tienda, y en lugar de pedir al dueño una golosina ó tal cual pliego de vistosas é interesantes aleluyas, trepaba por la escalerilla y extasiábase ante el agudo chillido del violin, que mosconeaba alguna zarabanda ó minuet de sabor añejo.

En los intermedios, y aún en medio de la frase más interesante, del trémolo más notable, oíase en el piso bajo una voz que interrumpía el concierto pidiendo velas, seda, castañas, alpargatas ó comestibles, convirtiendo al inspirado Orfeo en servicial Mercurio.

Aquel pequeñuelo convirtiéndose á su vez de oyente en discípulo; más tarde hizo enmudecer al maestro, despues estudió más, aprendió cuanto le pudieron enseñar en los estrechos círculos provincianos y como glóbulo sanguíneo ávido de generarse que acude en busca del impulso al corazón para recibir la vida, y mantenerse despues en el organismo, así el jóven marcha al corazón de Europa, y allí conquista un primero y preferente lugar, saliendo despues transformado en insigne concertista, al cual sólo interrumpen salvas de aplausos, recibiendo en premio de su trabajo cuantiosas sumas y sosteniendo viva la llama de la admiración y el entusiasmo.

Las miserables monedas de cobre del maestro contrastaban con las áreas que recogía el discípulo.

Era Apolo servido por Júpiter.

Sarasate, antes de que le dejaran de llamar Pablo, le llamaron génio.

El, actualmente, quisiera y hasta le convendría, que alguna vez le llamaran Pablo á secas.

Hay un momento en la vida de los artistas en que los éxitos producen en su alma plétora de felicidad, y desean á toda costa descansar, permanecer en la sombra, no sentir siempre la indiscreta mirada de todos en el rostro, no escuchar el nombre mormurado en voz baja y con tono misterioso á la espalda; en una palabra, buscar en su patria tranquilidad y sosiego. Siguen en la firme creencia de que nadie es profeta

en la tierra donde nació, sin saber que quizás se ha hecho este refrán para todos, menos para los artistas que traen honores y fama de lejanos países

Salió de España niño aún y desconocido; volvió ya hombre y célebre.

Empezó manejando el desvencijado violín antes descrito, sin valor ni mérito, y hoy hiere las cuerdas de un Stradivarius, cuyo valor es inmenso.

Sin embargo, hay momentos en que desearía volver á las antiguas fechas y recorrer una á una las pasadas escenas.

Sombrío, sério, tenaz, altivo al parecer, como navarro, cuantos le tratan íntimamente, afirman existe en él un gran fondo de ingénuu dulzura.

Su conversación es un mosaico donde campeon de un modo brillante, mil y una frases que revelan el viajero, el artista y el español.

Refiere con la mayor indiferencia sus éxitos y las ovaciones que ha recibido, como enumeraría un turista el número de estaciones que ha visto en sus viajes.

En último término, él ha tomado el express de la gloria, sin temor á descarrilamientos ni choques. Mientras habla, su rostro refleja todas las emociones de su espíritu. La frente, sobre todo, frúncese y arrúgase con gran facilidad, las cejas se arquean con infantil donaire las más veces y los ojos miran con la fijeza del miope

Quitad á Sarasate la melena rizada y desenvuelta, semejante á una aureola de cabellos, ponedle los pretenciosos quevedos, imaginadlo con la cabeza erguida, lleno el rostro, donde campea un bigote grande y atusado y hallareis cierto parecido con las facciones de cierto tribuno español.

Como artista podría llamársele el Castelar del violín.

Cuando toma el violín con nervioso ademán coloca cuidadosamente la caja sobre el hombro y empieza á acariciar con el arco las cuerdas del preciado instrumento, experimentase una vaga inquietud, parecida á la que sufre el que por vez primera oye un melífluo pi... do la palabra, y no se concibe pueda aquella voz decir nada grandioso.

Pero despues, poco á poco, va sintiendo que la admiración embarga su ánimo, extremécese el cuerpo todo al escuchar el primer período y por fin brota de los lábios un bravo inconsciente; muévense las manos y un aplauso irreflexivo, atronador, interrumpe al artista, y el público, que se cree señor, truécase en sumiso esclavo.

Una cosa parecida ocurre con Sarasate al dar principio á un concierto; quizá algun espectador le juzgue presuntuoso; pero despues de terminada la audición, todos se miran, unos á otros, como temerosos de ser víctimas de un sobrenatural hechizo.

En la iglesia de San Isidro una anciana mujer se propuso mortificarse asistiendo á la santa funcion de Viernes Santo sin atender á los acentos del divino arte. Sentóse lo más léjos posible del coro, enfrascóse en la dulce tarea de engarzar un rosario en otro rosario, y... quedóse dormida.

Al salir, despertóla una voz amiga y al preguntarla por el sueño, la pobre exclamó:

— «Dios ha premiado mi constancia y mi devoción. ¡He oido voces de querubines, he visto un trozo de cielo!...»

Nadie pudo convencerla de que la música celestial que había oido, era el violin de Sarasate. Tiene una hermana poetisa que le ha dedicado los frutos de su ingenio y su inspiración. El, por su parte, puede ofrecerla hoy un alma generosa, un corazón juvenil y una gran fortuna.

La cigarra ha logrado conmovier las codiciosas hormigas del Norte.

¡Ojalá tarde mucho en instalarse en su bien provisto granero y siga durante largos años recogiendo más copiosas y succulentas cosechas!

MANUEL TOLOSA LATOUR.

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

—V. le detesta.

—No le quiero; pero sin quererle, soy, ó al menos me figuro ser, más imparcial que Vds. los que le adoran.

—Veo que es V. inflexible,—dijo el Conde de Cavia sonriendo á pesar suyo de la extraña entereza de carácter de aquella muchacha, que en su porte y exterior aspecto parecía la más viva representación de la debilidad de su sexo.

—Seré lo que V. quiera—replicó Sofía—pero cualquier cosa, incluso ser severamente juzgada por mis amigos, me parece preferible á reformar los juicios que en ley de justicia y sin olvidar los preceptos de caridad cristiana que á todos por igual nos obligan, he llegado una vez á formular.

—¿Y diga V.?—preguntó el Conde dando á sus palabras una entonación maliciosa:—¿esas opiniones acerca de mi amigo Juan Antonio que con tan adorable franqueza V. me expone, corren favorablemente en esta casa y encuentran en *todos* sus habitantes la misma aprobación é idénticas simpatías?

—¿Qué necesidad tiene V. de saberlo, ni qué placer puede usted encontrar en ponerme en contradicción con las personas de mi familia?—exclamó Sofía en son de amistosa reserva y con cierta frialdad que ofrecía extraño contraste con sus amistosas expansiones.—Siempre ha tenido V. esa flaqueza y por mucha y muy justificada que sea la confianza que V. me inspira, concluiré por considerar como cosa vedada el inocente placer de hablar con V. con entera y absoluta confianza, ya que V. se encarga de recordarme á cada paso que no sienta bien en persona de mis condiciones sentir, juzgar y hablar por cuenta propia.

—¡No se incomode V. conmigo!

—¿Es incomodarse el quejarse?

—No, Sofía; y aunque lo fuese, siempre podría V. estar segura de encontrar en mí..... no diré un amigo indulgente..... que V. no necesita para nada mi indulgencia, sino un paladin incondicional y..... dispéñeme V. el calificativo..... gratuito, dispuesto á sostener en todos los terrenos, si nó la razón de sus fallos, por lo ménos el perfecto derecho con que los formula. ¿Me admite V. por campeón con estas humildes ó por lo ménos modestas condiciones?—añadió Cárlos dando á sus palabras una entonación de ternura que la interesada no percibió ó no quiso percibir.

—Haré más que todo eso—respondió con dulce y amistosa sonrisa la interpelada;—me encuentro dispuesta á admitirle á V. á mi lado bajo del título que ahora donosamente invoca ó bajo otro cualquiera con tal que no sea.....

—¿Que no sea cuál?—preguntó el Conde con más cariño que temor.—¿Va V. á castigarme con su acostumbrada severidad repitiéndome, sin que yo haya hecho nada para merecerla, su terrible sentencia?

—No, Cárlos—replicó Sofía con seguro y sereno acento.—Por muy mala opinión que V. tenga de mí, puedo asegurarle que ni busco ni me conviene ni me agrada el papel de juez sañudo, inapelable y frío, pero por lo ménos aspiro á que entre V. y yo, á quien..... estimo y considero más acaso de lo que V. se figura y de lo que yo misma desearía, haya ó pueda haber ni la más ligera sombra de agravio ni siquiera una de esas involuntarias pero desagradables equivocaciones que suelen á veces interponerse en la amistad de dos personas de diferente sexo.

—Muchísimas gracias por la delicadeza con que V. se encarga de colocarme en mi puesto, si por acaso se me antojara la locura de salir de él bajo cualquier pretexto, por honroso que fuera—dijo con cierta altivez no exenta de amargura el impetuoso Cárlos, levantándose del asiento que hasta entonces había ocupado al lado de la discreta Sofía.

—¿Se va V. ofendido?—preguntó ésta despues de una

breve pausa y como si costara á su dignidad ó á un propósito razonablemente fundado, atenuar de alguna manera sus severas palabras.

—No, Sofía; me voy triste—respondió el conde con no fingida sinceridad.

—¡Si no es más que triste!....—exclamó Sofía alargándole su mano,—si no es más que triste, no hará V. mas que dejarme en la misma situación de espíritu en que V. se marcha.

—¿Usted triste? Sofía, ¿V. triste?.... ¿Y desde cuándo permite V. á su sesudo, reflexivo y razonable corazón, estas libertades ó estos desahogos?

—No se burle V., Cárlos.... No se burle V. Ni mi vida es alegre, ni lo es al ménos para mi especial y tal vez injusta manera de considerar las cosas nada de cuanto me rodea, ni V. ni ninguno de mis amigos hacen el más pequeño sacrificio por alegrar mi vida ni las complicaciones que me esperan. Las dificultades de que vivo rodeada, esta familia que es la mia y que tan distintas ideas tiene que yo acerca de todas y cada una de las cuestiones que hay que resolver ó arrostrar en el mundo me ofrecen grandes condiciones para estar alegre.

—Perdóneme V., Sofía—respondió Cárlos, vuelto otra vez á sus habituales sentimientos por estas sentidas razones, dichas con aquella sinceridad y nobleza, que brillaban en todos los discursos de su amiga—si V. me conoce sabe ya de sobra que á veces mis palabras son injustas, pero que nunca acierta á serlo mi corazón.

—Lo sé, Cárlos, lo sé y nada más fácil que perdonarle; ojalá lo fuera tanto perdonarme á mí misma esta especie de traición que hago á la posición que ocupó en esta casa... pero hablemos de otra cosa, ¿vendrá V. esta noche?

—Vendré, si V. quiere.

—Ya sabe V. que quiero, y si esto no le basta, le diré que no sólo yo, sino toda mi familia, desea verle. Esta conferencia... ó lo que sea, parecería misteriosa y adornada de ciertas circunstancias románticas, que afortunadamente no tiene, si no se prolongase á la luz del dia... quiero decir á la luz de la

noche, que es la luz más clara que suele alumbrar los actos públicos y solemnes de esta casa.

—Hasta la noche pues, y piense V. en lo que me ha dicho.

—Hasta la noche y si otra cosa no tiene que hacer, puede V. reflexionar á sus anchas sobre lo mucho que he dejado de decirle.

Cárlos la vió levantarse y desaparecer lentamente al final de la elegante galería y aun se le antojaba oír su clara, suave y simpática voz. Queda en los ámbitos en que se ha movido y respirado la mujer amada, aún mucho despues de que su imagen haya desaparecido á nuestra vista, algo y aun mucho de la secreta y poderosa mágia que en nosotros ejercía su presencia; mágia, no ciertamente física, material y palpable, sino inmaterial é incorpórea, que independientemente de toda sensación externa, se apodera con imperio indiscutible de nosotros mismos y nos hace permanecer enclavados en los mismos sitios, que momentos ántes fueron animados por su imagen.

Tal le acaeció al Conde de Cávia, bien á pesar suyo, pues por muchas razones deseaba salir cuanto ántes de la elegante mansión de Tula Schneider; y sin embargo, parecía como que sus piés se negaban á llevarle á otros sitios, en que tal vez su presencia era más necesarin. Embriagábase, contra su voluntad, con la esperanza de que había de volver á ver en breve espacio á aquella encantadora niña, que tan cruelmente, y al mismo tiempo con tanta dulzura, le trataba, y no obstante haberse despedido de ella no hacía aun dos minutos, esperaba locamente verla otra vez aparecer, tan majestuosa, tan serena y con tan resuelto y soberano porte, como el desplegado hacía un instante para abandonarle.

Pero ya que no se vieran realizadas sus esperanzas en este punto, en el mismo momento en que haciéndose extraordinaria violencia se disponía á marcharse, tuvo al menos la compensación, no del todo indiferente ni prevista, de oír clara y distintamente su simpática voz, si bien no tan dulce y tranquila como había resonado en sus oídos.

Chocóle á Cárlos, habituado á no oír aquellos familiares acentos, más que en el diapasón normal, la extraordinaria

animación que revelaba el tono de la conferencia; y llevado de esa indiscreta, pero disculpable curiosidad, que se apodera de nosotros cuando se refiere á personas que verdaderamente nos interesan, hubiera avanzado, prestando atento oído en la dirección de que partían las voces, y que precisamente era la que tenían en las galerías las habitaciones de Sofía y de su prima Julia, si no hubiera oído, clara y distintamente, en medio de las voces de una disputa acalorada, pronunciar su propio nombre.

Hizo entonces la discreta delicadeza, lo que no había hecho la más vulgar cortesía, y aunque violentándose, se retiró lentamente en dirección de la antesala, por no oír lo que, sin saber que él lo oía, pudiera decirse de su persona.

—No cabe duda—pensó al alejarse de la estancia y aún de la casa de Tula—hablaba de mí con su prima, tal vez me defendía... acaso, acaso me acusaba, ¡qué carácter tan singular!... A ratos se me figura que me quiere... y en ocasiones, no parece sino que léjos de tenerme algun afecto, le inspiro miedo, temor ó acaso repugnancia. Y Julia ¿qué motivos puede tener para discutir por causa mía con Sofía? ¿Acaso significo yo para ella alguna cosa ni puede temer que yo á nombre de alguien, y sobre todo á nombre de Juan Antonio, me interponga entre ella y lo que la infeliz juzga su felicidad? ¡Juan Antonio!—seguí pensando mientras se apartaba del hotel de la alemana y volviendo á su pesar la vista hácia los balcones, medio ocultos por el follaje del diminuto parque.—¿Por qué esa estraña contradicción en los afectos que me inspira? Cuando me dispongo á odiarle, una secreta voz me ha dicho siempre que le debo amor y cariño y fraternal simpatía; voy á quererle y otra voz no menos imperiosa me aconseja precaverme de este cariño y casi, casi me incita á odiarle. ¿A quién debo escuchar?

(*Se continuará.*)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

Si los edificios que se derrumban de puro viejos pudieran rejuvenecerse con la sola ayuda de un puntal, debiera esperarse con confianza que la izquierda se rejuvenecería. El puntal que se propone no sólo evitar que aquella agrupación caiga y se disuelva, sino hacerla servir para el objeto que presidió á su organización, es el Sr. Márton. De este modo una agrupación monárquica viene á recibir nueva fuerza de un republicano, de un hombre que hace poco más de un año conspiraba aún contra las actuales instituciones con el Sr. Ruiz Zorrilla, y que poco despues de romper con este hombre público, declaraba que siempre estaría á cierta honesta distancia de la Monarquía. ¿Cómo se ha obrado esta transformación? ¿Cómo ha podido pasar el Sr. Márton desde el campo republicano al campo monárquico? No es difícil contestar á estas preguntas, aún sin apelar al recurso de explicarlo todo por la ambición de dicho repúblico. La experiencia ha mostrado que las formas de gobierno son en sí mismas indiferentes, y que lo mismo pueden plantearse los llamados derechos del hombre bajo el imperio de un Monarca constitucional que bajo la República. En estos momentos, sólo se diferencian esencialmente los Gobiernos de Francia y de Bélgica, en que al frente de aquella nación se halla colocado un Jefe de Estado amovible y al frente de ésta uno inamovible, por lo ménos legalmente. Esto, que es evidente en el orden social y político, no lo es ménos en el orden religioso. Lo mismo persigue actualmente á la Iglesia M. Ferry que M. Frere-Orbán, lo mismo suscribe las leyes opresoras é impías de las Cámaras de París el Presidente M. Grevy que las de las Cámaras belgas el Rey Leopoldo II. Y no se diga que esto sucede sólo en las Monarquías constitucionales y en las Repúblicas, pues la historia prueba que poco han tenido que inventar los Estados modernos para oprimir á la Iglesia; todo, ó casi todo, lo dejaron hecho las Monarquías absolutas. Así el Gobierno de M. Grevy ha podido excluir á las Congregaciones religiosas sin más que desenterrar dos ó tres docenas de leyes del antiguo régimen, y en estos momentos ocurre en Chile que el Estado republicano se apoya en la antigua legislación española para oprimir y tiranizar á la Iglesia, y sostener con ella una lucha que amenaza terminar con la separación de la sociedad temporal de la espiritual, y con quedar ésta reducida á la condición de sociedad particular, sujeta á las

leyes que aquella quiera imponerla. ¿Y por ventura, Prusia mismo que, á pesar de su Constitución, es en realidad una Monarquía absoluta, deja de ser por esto en su esencia un estado liberal, es decir, adversario de la Iglesia y eminentemente secularizador?

La entrada del Sr. Márto en la izquierda ha sido precedida de un contrato bilateral, firmado en los jardines del Retiro. Trescientos políticos se han reunido á comer, y en los postres han declarado que en adelante será el Sr. Márto jefe civil del partido. El Sr. Márto ha dicho que está bien, y el Sr. Duque de la Torre se ha conformado con la jefatura militar y honoraria que se le ha reservado, en premio á sus altos merecimientos. Todos los partidos han asistido como espectadores á este acto solemne y trascendental de la política. El elemento oficial carlista y la parte más allegada al Sr. Cánovas del partido conservador, han recibido con aplausos el acto realizado por la izquierda y su nuevo jefe civil. El mismo pesimismo que inspiraba al Sr. Nocedal, movía á los conservadores aludidos, si bien es más reprehensible en estos que en aquel por los deberes que les ligan á las actuales instituciones, para las que son seguramente un peligro lo mismo el Sr. Márto que la izquierda, y más todavía unidos que separados. Los elementos verdaderamente católicos y conservadores han seguido diferente conducta, con gran satisfacción nuestra; los que son carlistas, porque antes que carlistas son católicos, y el ser católicos les obliga á no desear que desaparezcan las actuales instituciones, cuando la lógica de los acontecimientos dice bien claramente que si desaparecen, será única y exclusivamente, para dar paso á otras instituciones, que han de ocasionar más disgustos á la Iglesia y á la patria que las actuales, y los que son conservadores, porque no pueden ver con buenos ojos la constitución de un partido, cuya sola existencia es ya un peligro para el trono que creen legítimo. No se necesitan largas disertaciones para explicar la conducta de los ministeriales y de los republicanos. Aquellos luchan por la propia existencia, no solo ya como gobierno, sino también como partido, al combatir hoy como ayer la nueva agrupación política, éstos dan pruebas de gran sentido práctico al alegrarse, desde sus tiendas de campaña, de todo lo que robustece á la izquierda. La subida de este partido al poder provocaría una gran efervescencia democrática en las grandes capitales. Si sus hombres permanecieran mucho tiempo en él, la revolución no tendría mucho que hacer para alcanzar una nueva victoria como la de Alcolea; si al contrario, el Jefe del Estado les retirase su confianza y llamase á sus consejos á los conservadores, no tardarían en hacer lo que hicieron en 1868 los progresistas, acompañados de buena parte de la unión liberal.

Anuncia la prensa que un día de estos saldrá el Sr. Márto para Biarritz, actual residencia del Sr. Duque de la Torre. Allí será ungido por éste como Jefe civil de la izquierda, y recibirá las insignias de mando y con ellas el poder de excomulgar á todos los que se atrevan á contradecir sus órdenes. Así Lopez Dominguez, Balaguer, Linares Rivas, Gonzalez Fiori y demás constitucionales disidentes, que no quisieron sufrir la jefatura del Sr. Sagasta, habrán de sufrir la del Sr. Márto, cien veces más autocrática que aquella; así verá desvanecidas sus ilusiones, como nubes de verano al soplo de ligera brisa, el elocuente se-

ñor Moret, que aspiraba á la jefatura de la izquierda, y que tiene el mérito de haber sido el primero que enarbó la bandera de la democracia dinástica. Hasta el Sr. General Beranger habrá de renunciar á su sistema de ir y venir constantemente de la izquierda á la fusión y de la fusión á la izquierda, y de conformarse, por ahora, con ser ministro de Marina, en potencia, del Sr. Martos. Tampoco deberá renunciar la izquierda, así que se formalice algo más, á la cooperación del Sr. Marqués de Sardoal que, no obstante sus sentimientos democráticos, anda ahora del brazo del Sr. Alonso Martínez, dentro del campo de la situación, imitando en esto al Sr. Romero Girón, que si fué revolucionario y secularizador como el que más, bien arrepentido debe de estar de ello, cuando hoy es el más conservador de todos los ministros de Gracia y Justicia, que puede dar de sí el partido imperante.

II.

Mientras las fuerzas liberales así se agrupan en torno de la bandera monárquico-democrática, constituyendo el hecho sólo de su existencia como partido un peligro constante para la Iglesia y para los intereses permanentes de la sociedad, los apóstoles del integrismo siguen en su tarea de no dejar vivir en paz á los católicos españoles que no se sujetan por diversas causas á la jefatura del Sr. Nocedal. A pesar de las disposiciones de la autoridad eclesiástica y de las condenaciones de varios periódicos íntegros, disposiciones y condenaciones de que por lo visto hacen el mismo caso que de las leyes del Koran, obligan á sus hermanos en la fé á consumir en defenderse de constantes arremetidas las fuerzas que de otro modo podrían emplear más noblemente en luchar contra la revolución. ¿Hasta cuando ha de durar este escándalo? Por ahora no lleva trazas de concluir, y de poco sirve que las autoridades eclesiásticas de provincias tengan á raya á los íntegros de por allá, si los de aquí gozan de la más completa libertad, aún de la libertad de faltar á las consideraciones que las almas bien nacidas guardan siempre á sus adversarios. Y adviértase que existe gran diferencia entre los apóstoles del integrismo de Madrid y los de provincias. Entre los de provincias se dan muchos espíritus rectos á quienes ha cegado la pasión de partido; entre los de aquí... ¡entre los de aquí ya sucede otra cosa! En realidad si los ataques continúan en la forma que han revestido hasta aquí, si las agresiones personales van en aumento; si el escritor honrado llega á convenirse de que sólo debe contar consigo mismo para la defensa de su honra de ciudadano y de católico, á los escándalos de la prensa no podrán menos de suceder, tarde ó temprano, otros escándalos no desconocidos en la historia de las luchas religiosas en España, y la responsabilidad de lo que ocurra caerá sobre los provocadores, como sobre ellos cae la responsabilidad de la actual contienda. ¡Digno de nuestra independencia de escritores y de ciudadanos fuera ciertamente que para librarnos de los ataques de un periódico, cuyos únicos méritos consisten cabalmente en su osadía y procacidad, hubiéramos de someter nuestros escritos á su prévia censura, ó á la prévia censura de quien él quisiera señalarlos!

De dos hechos sólo hablaremos aquí en este momento, y en primer

término, de un artículo que ha visto la luz con pretensiones de comentario oficial á la Encíclica *Cum multa*. ¡Como si un documento de tan amplias y elevadas miras, como la citada Encíclica, pudiese ser comentado por un espíritu tan mezquino y estrecho como el del autor del indicado artículo! La confusión originada por la aparición de este escrito ha durado sólo brevísimos días. La autoridad eclesiástica que se suponía que lo había aprobado, y que según nos consta, lo aprobó solo *sub conditione*, lo ha desautorizado públicamente. Reducido así ese artículo á la categoría de las otras lucubraciones de su autor, empeñado en erigirse en perpétuo y único intérprete y definidor de la buena doctrina, guardador por encima de la Iglesia de la integridad del dogma, han hecho muy bien en no refutarlo, cosa en verdad facilísima, aquellos contra quienes iba dirigido. Por lo demás, ¡cuántos daños no ha causado al Catolicismo el celo indocto de aquellos de sus hijos, que sin haber obtenido misión de enseñar, sin tener título alguno que les acredite para ello, en no pocas ocasiones sin haber estudiado siquiera en algun establecimiento oficial de enseñanza la primera de todas las ciencias, la teología, se han declarado por propia autoridad maestros, y han querido imponer á los demás como revelaciones del Espíritu Santo los partos de su fantasía! Por supuesto, á pesar de la desautorización de la autoridad eclesiástica, el autor del artículo á que se alude, seguirá dándole aires de comentario oficial, como á pesar del dictámen de la autoridad eclesiástica sigue anunciando y vendiendo un folleto en que atribuye bonitamente á un periódico que ya no se publica, la aceptación como tesis de la Constitución del 45, que aquel admitía sólo como hipótesis, para tener luego el gusto de declararle católico-liberal, pero que los monstruos de la *Commune*, calificación con que España se castiga á todo el que no paga el tributo debido á los santones del integrismo, en forma de suscripción á sus periódicos y revistas, y doblemente á los que se permiten contribuir al sostenimiento de otros.

Otra prueba del respeto del integrismo á la autoridad eclesiástica, se ha dado estos días. Escribió el Sr. Sardá y Salvany de Barcelona, hace ya bastante tiempo, un folleto con el título de *El liberalismo es pecado*. El folleto no iba dirigido contra el liberalismo condenado por la Iglesia, sino que apuntaba al liberalismo, para dar en otra parte. Quiso publicarlo el autor en Barcelona y pidió para ello, y no obtuvo, el permiso de la autoridad diocesana. Vino el folleto á Madrid, y se pidió para publicarlo, y no se obtuvo, el permiso de la autoridad eclesiástica. Hoy dicho folleto se publica en forma de artículos, en un semanario de Tortosa, no sabemos si con ó sin el permiso de la autoridad eclesiástica.

III.

No tropiezan con menos obstáculos que en España los católicos portugueses, que quieren separar los intereses de la causa católica de los del partido miguelista. Una gran parte de la prensa miguelista secunda estos nobilísimos propósitos; pero la otra sostiene, copiando á los íntegros de acá, que en Portugal no se puede ser católico

sin ser miguelista. Existe, sin embargo, una pequeña diferencia entre los íntegros portugueses y los íntegros españoles; aquellos dicen que para ser católico se necesita, en Portugal, ser miguelista; estos declaran que para ser católico no basta ser carlista, es preciso además someterse en un todo á la indiscutible autoridad del Sr. Nocedal. Así sucede que ni un momento dudan los órganos íntegros de Lisboa, de la ortodoxia de los diarios miguelistas que no opinan como ellos en el punto indicado y concreto, mientras que aquí son acusados de catolicismo-liberal, no ya los carlistas que forman parte de la Unión Católica, sino también los que, como los hombres de *La Fé*, se muestran dispuestos á acatar y obedecer en lo político las órdenes del representante en España del Sr. Duque de Madrid. En realidad, tan absurda es la teoria de los íntegros de allá, como la de los de acá. Para declararlo así basta no haber olvidado el Catecismo que aprendimos cuando niños. Entre los artículos de la fé, que el cristianismo debe creer, no se encuentran las legitimidades dinásticas de D. Miguel de Braganza, ni de D. Carlos de Borbón. Aunque esta última legitimidad hubiese sido definida por la Iglesia, todavía podríamos discutir la autoridad que se arroga el Sr. Nocedal y podríamos hacerlo sin más que copiar al Sr. Ortí y Lara. Hasta ahora además, al ménos que se sepa, ningun Concilio, ningun Romano Pontífice ha dicho nada sobre estas legitimidades y autoridades. Si los íntegros conocen alguna decisión pontificia y conciliar sobre ésto, comuníquennosla y ofrecemos acatarla en el acto en cuanto á nosotros se refiera. Mientras tanto, no se empeñen en que se obedezca una decisión que no se ha dado, ni comprometan con su conducta la majestad augusta de la Iglesia, exponiéndola además á que sea blanco de los ódios y de las pasiones que con sus continuadas imprudencias contra sí concitan, lo mismo en las orilas del Tajo que en las del silencioso Manzanares.

Alimenten los buenos la esperanza de que en breve disipará estos peligros la suma autoridad de León XIII, que dedica especial cuidado á disipar todas las confusiones, á señalar y condenar todos los errores que puedan turbar la paz de las conciencias.

IV.

Pocos sucesos de alguna importancia han ocurrido en Europa durante la última quincena, si se exceptúa la ruptura de las hostilidades entre la extrema izquierda y la izquierda liberal de la Cámara belga. Esta ruptura, que coloca en grave peligro al Gabinete de M. Frere-Orban, ha sido tan ruidosa como solemne.

El Gobierno belga habia presentado á la aprobación de la Cámara un proyecto de ley creando un nuevo impuesto sobre las bebidas alcohólicas. Los católicos y los radicales declararon que lo combatirían, y en efecto, lo han combatido enérgicamente lo mismo en el Parlamento que fuera de él. Una muchedumbre inmensa ha acudido á la Cámara á presenciar los debates, y ha aplaudido furiosamente á los oradores de oposición.

En algunos momentos se ha podido creer en la derrota del Gobier-

no. Algunas enmiendas han sido admitidas contra el parecer de los ministros. El pueblo ha vitoreado á los diputados de oposicion, cuando han salido de la Cámara, al terminar las sesiones. Los ministros y los oradores del partido liberal han sido silbados é injuriados terriblemente.

El Gobierno, para salir del mal paso en que se hallaba, ha llevado á la Cámara á tres diputados que se hallaban enfermos, uno de ellos de algun peligro. A pesar de esto, ha triunfado sólo por 69 votos contra 66.

Puede creerse, segun todas las apariencias, que este triunfo, que ha irritado grandemente á los radicales belgas, ocasionará más ó ménos tarde la caída de M. Frere-Orban.

V.

El Gobierno de Chile ha anunciado sus propósitos de llegar á la separacion de la Iglesia y el Estado en aquella República, y todo porque la Santa Sede se ha negado á aceptar el candidato del presidente de aquella República para la Sede Arzobispal de Santiago. Mientras tanto ha presentado á la aprobacion del Parlamento varias leyes secularizadas, que han arrancado generales protestas.

¿De qué otro modo que como procede el Gobierno chileno contra la Iglesia hubiera procedido en igualdad de casos el Monarca más absoluto, dominado por la ruin venganza? Conste que hasta ahora todas las disposiciones de aquel Gobierno contra la Iglesia aparecen fundadas en antiguas leyes de la Monarquía española, es decir, en disposiciones de nuestro antiguo régimen.

DAMIAN ISERN.

MISCELANEA

LEON XIII Y OZANAM.

El Emmo. señor Cardenal Lavignerie presentó en su último viaje á Roma al Soberano Pontífice, en nombre de Mdma. Ozanam, viuda del gran escritor católico, las obras completas del que fué el amigo y el maestro de su juventud. Su Santidad se ha dignado dirigir á Madama Ozanam el Breve siguiente:

— «A nuestra querida hija Amelia Ozanam, en París.

»LEÓN, PAPA XIII.

»Querida hija en Nuestro Señor Jesucristo, salud y bendición apostólica: La firmeza de la fé y el celo de vuestro ilustre esposo en defender la verdad católica, no sólo le recomendaban altamente, sino también el poder de su espíritu y riqueza de su doctrina. El homenaje de la colección completa de sus obras que Nos ofreceis, de acuerdo con vuestra hija y vuestro yerno, ha sido para Nós muy precioso.

»Con la expresión legítima de nuestros sentimientos de reconocimiento, este testimonio de vuestro celo y de vuestra piadosa diferencia, Nós tenemos la convicción de que nada os es tan querido como conservar piadosamente la fé y el amor filial hácia la Iglesia Nuestra Madre, y seguir también las huellas del que se consagró á ella, como vos lo recordais, y fué para sus conciudadanos, y sobre todo para su familia, un modelo de Religión y de buenas obras. Nós tenemos un deseo y una satisfacción en honrar la memoria de este hombre ilustre, á fin de que el número de los que quieran participar de la misma gloria se multiplique, sobre todo en un tiempo tan crítico para el Cristianismo, en que es preciso que la lucha contra los esfuerzos de los impíos sea sostenida por hombres valerosos, de una ciencia sólida, prestos á la acción, tomando en la mano la causa de la verdad, y arastrando á los otros al culto de la virtud. Por otra parte, Nós tenemos la confianza de que los escritos de vuestro marido, por los cuales él habla todavía, aunque muerto, no producirán ménos frutos que los que produjo en vida con sus discursos y con sus ejemplos, segun la fama. Nos lo ha hecho saber. En este concepto, Nós os concedemos á vos y á toda vuestra familia, con particular afecto, la bendición apostólica que solicitais, y que será para vos prenda de los favores celestiales.

»Dado en Roma cerca de San Pedro el 29 de Mayo de 1883, sexto año de Nuestro Pontificado.» —

EL «BLANQUERNA» DE RAIMUNDO LULIO.

Este peregrino libro, tan alabado por los doctos, y del que hemos hecho una corta tirada, consta de dos elegantes tomos impresos en casa de Aguado, y se vende por el precio de *seis pesetas*. Mas, queriendo nosotros tener alguna consideración con aquellos de nuestros suscritores, que no lo son desde que la REVISTA se fundó, y que no han podido, por tanto, recibir el *Blanquerne*, á éstos les daremos dicha obra por *cinco pesetas*, siempre y cuando (nos dirigimos ahora á los de provincias), envíen por delante el importe, con más *cuatro reales* que nos costará el certificado, pues si el *Blanquerne* ha de llegar á sus manos, bien será tomar estas precauciones, dicho sea en alabanza de nuestra Administración.